

CCIC

THE
LIBRARY
OF THE
MUSEUM OF
ART AND
ARCHITECTURE
OF THE
UNIVERSITY OF
CHICAGO

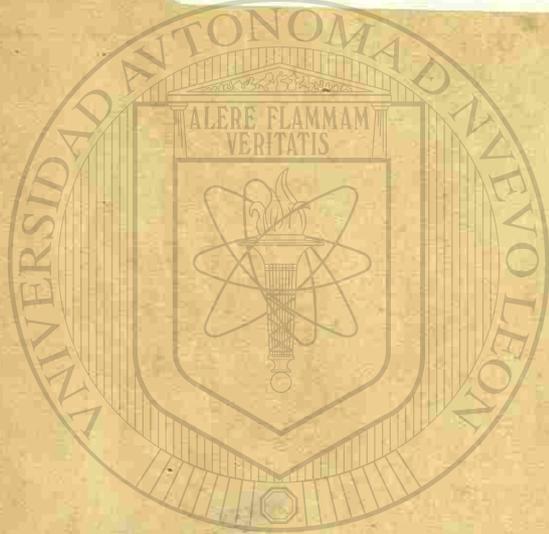
PC2492
A68

PC2492
A68

PC2492
A68



1020026880



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Isolano

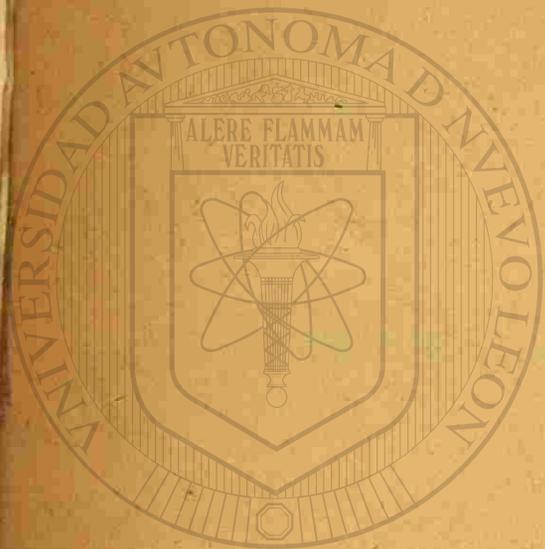
PÁGINAS DE ORO

U A N L

FONDO
RICHARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	<i>844.8</i>
Núm. Autor	<i>2866</i>
Núm. Adq.	<i>30798</i>
Procedencia	<i>-8-</i>
Precio	
Fecha	<i>CCY</i>
Clasific.	
Antigüed.	



EMILIO ZOLA

PÁGINAS DE ORO

TRADUCCIÓN

DEL

Centro Editorial PRESA

SEGUNDA EDICIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

CENTRO EDITORIAL PRESA

344 — DIPUTACIÓN — 344

101221

30793

Tip. EL ANDARIO.—Diputación, 344.—F. GRANADA Y C.^a
(Obrá compuesta con máquinas LINOTYPE)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, N.M.

893
Z.

PQ 2492
.A68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

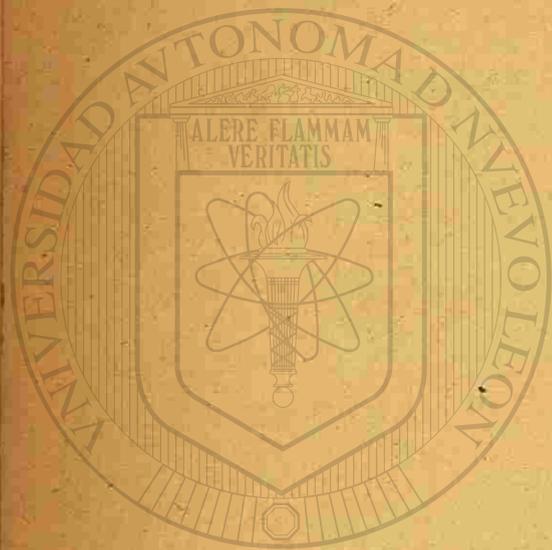
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Prólogo	7
Carta á la juventud.	11
¡Yo acuso á...!, carta á Félix Faure	23
Mis odios.	53
De la moralidad en la literatura.	61
La democracia.	115





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

PRÓLOGO



Al publicar en nuestros **Libros Selectos** los tres documentos más sensacionales del proceso Dreyfus, creemos rendir un digno tributo á Emilio Zola, de quien siempre fuimos admiradores.

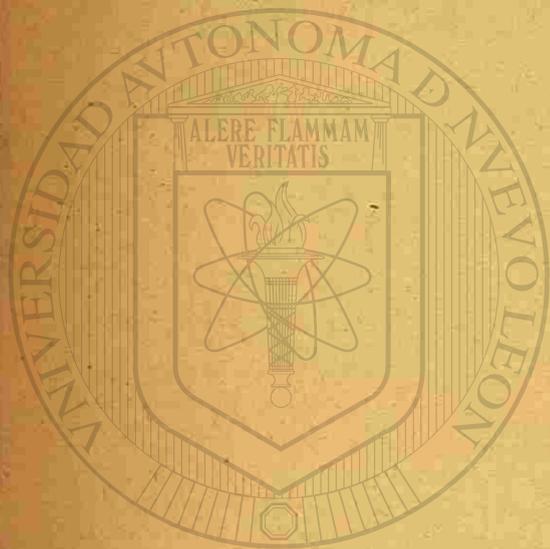
Zola se nos revela como uno de los más grandes escritores del siglo pasado. Su obra es sólida, indestructible, asombrosa: es la obra del porvenir, la cual no conocemos bastante todavía para juzgarla sin pasión: es menester que atraviése ese período de gestación necesario á todo lo que en un principio ha sido sometido á las más violentas contrariedades: luego aparecerá, radiante, pura, rebosando verdad, y sobresaliendo por encima de todos los gustos y sistemas literarios.

Zola no nos ha legado sólo esos 50 volúmenes que constituyen un precioso monumento á las letras y en donde se difundió á raudales su ingenio cultivando la Novela, la Crítica, el Teatro, la Política... nos legó otra obra, tanto ó más valiosa; la obra de defender á un ser inocente, obra admirable, imponente. Zola, como es sabido, logró dis-

frutar de un bienestar que le permitía consagrar su existencia á escribir libros con libertad é independencia de criterio. Pues bien, con objeto de documentarse para terminar el segundo tomo de sus Tres Ciudades, en 1894 emprendió un viaje á Roma, en tanto que en Francia se suscitaba la cuestión Dreyfus. Zola, entregado á la tarea, no le quedaba tiempo de enterarse de los periódicos de su país. Solamente al regresar del campo en Noviembre de 1897, comenzó á fijarse en el proceso Dreyfus, primero como escritor apasionado por las muchas figuras y documentos en juego, que le hacía concebir el plan de una novela, y luego como hombre, que convencido de la inocencia de un semejante, no titubea en lanzarse á la pelea, emprendiendo desde aquel instante una campaña que le acarreó muchos disgustos y sinsabores. Desde luego publicó en Le Figaro tres artículos valientes que cayeron como una bomba, lo cual le cerró las puertas de los periódicos. Constante y seguro de su opinión, Zola no se arredró, y por su cuenta publicó en folleto la Carta á la juventud, Carta á la Francia y la Carta al Presidente de la República, que luego dió á La Aurora cuyo periódico le cedió sus columnas con independencia y abnegación loables. En ese mismo periódico siguió publicando los restantes artículos de su campaña que después reunió en un volumen con el título de La verdad en marcha.

En todos esos documentos vibra el alma de un escritor honrado y firmemente convencido de sus ideas: son documentos aplastantes, saturados de verdad que no hay medio de discutir ni de poner

en duda: son documentos imperecederos, interesantes siempre, y que testifican la nunca bastante alabada labor del maestro. Por eso hemos creído conveniente reunir aquí la Carta á la Juventud, el célebre ; Yo acuso! y la Declaración ante el jurado, que son los más renombrados de aquella campaña y que bastan por sí solos para dar idea de la tan debatida cuestión Dreyfus.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Carta á la juventud

¿Adónde vais, jóvenes; adónde vais estudiantes, que corréis en grupos por las calles manifestando vuestra cólera y vuestros entusiasmos, sintiendo la imperiosa necesidad de desahogar públicamente vuestras conciencias indignadas?

¿Vais á protestar contra algún abuso del poder?

¿Han ofendido el deseo ardiente de verdad y equidad, que rebosa en vuestras almas jóvenes, ignorantes aun de las combinaciones políticas y de las infamias diarias de la vida?

¿Vais á deshacer algún entuerto social, á poner la protesta de vuestra vibrante juventud en la desigual balanza donde se pesa la suerte de los felices y de los desventurados?

¿Vais á defender la tolerancia, la independencia de la raza humana? ¿Vais á silbar algún sectario de la inteligencia, de juicio estrecho, que habrá querido arrastrar vuestros criterios claros á las rancias y falsas creencias, pretendiendo demostrar la bancarrota de la ciencia?

¿Vais á proclamar, bajo la ventana de algún embustero escondido, vuestra fe invencible en el porvenir, en ese siglo próximo que vosotros representáis y que debe realizar la paz del mundo en nombre de la justicia y del amor?

—¡No, no! ¡Vamos á silbar á un hombre, á un anciano quien tras de una larga vida de trabajo y de lealtad, se le antoja que puede impunemente sostener una causa generosa, tratando de esclarecer los hechos y de reparar un error, escudándose en la propia honra de la patria francesa!

¡Ah! Yo lo he visto, cuando también era joven; yo he visto ese Barrio Latino poseído de las valientes pasiones de la juventud, el amor á la libertad, el odio á la fuerza brutal que aplasta los cerebros y oprime las almas. Lo he visto bajo el Imperio, haciendo su valiente campaña de oposición, injusta algunas veces, pero siempre con el deseo de libre emancipación humana. Silbaba á los autores que agradaban á las Tullerías; maltrataba á los profesores cuyas enseñanzas le parecían oscuras, y se rebelaba contra cualquiera que se mostrase partidario de las tinieblas y de la tiranía; y en fin, ardía en su seno ese fuego sagrado de la noble locura de los veinte años, que transforma en realidades las ilusiones, y que después aparece como el triunfo seguro de la Ciudad perfecta.

Y si nos remontamos más alto en esta historia de pasiones nobles, que han sublevado la juven-

tud de las escuelas, siempre se la verá indignarse por la injusticia, estremecerse y amotinarse por los humildes, los abandonados, y los perseguidos, y arremeter contra los feroces y los poderosos. Esa juventud se ha manifestado en favor de los pueblos oprimidos, abrazó el partido de Polonia, el de Grecia, y ha defendido siempre á todos los que sufrían y agonizaban, bajo la brutalidad de una muchedumbre bárbara ó de un déspota. En otros tiempos, cuando el Barrio Latino se insurreccionaba, podía asegurarse que ardía en él una llama de juvenil justicia, que indiferente á las componendas, seguía con entusiasmo los impulsos del corazón. ¡Y qué espontaneidad la suya entonces! ¡Qué torrente desbordado se precipitaba por las calles!

Ya sé que el pretexto actual es también la patria amenazada, la Francia entregada al enemigo vencedor por un grupo de traidores. Solamente me pregunto, ¿dónde se encontrará la clara intuición de las cosas, la sensación instintiva de lo que es verdad, de lo que es justo, sino en esas almas jóvenes, en esos muchachos que nacen á la vida pública, y en los que nada debe aun oscurecer la razón sana y recta? Que los hombres políticos corrompidos por los años de intriga; que los periodistas desequilibrados por los compromisos de su oficio, puedan aceptar las más impúdicas mentiras, cerrar los ojos á evidentes claridades, se explica, se comprende. Pero ¿es posible que la juventud se haya gangrenado hasta tal punto que su pureza y su candor natural, no se subleven y aparezcan de pronto en medio de inaceptables errores

aclamando de una vez lo que es evidente, lo que es claro como la luz del mediodía?

No hay historia más sencilla. Un oficial ha sido condenado y á nadie se le ocurre sospechar de la buena fe de sus jueces. Le han condenado, según su conciencia, y basándose en pruebas que han creído ciertas. Pero luego sucede que un hombre ó muchos hombres dudan y acaban por convenirse de que uno de los documentos, el más importante, ó por lo menos el único en que los jueces se habían apoyado públicamente, ha sido falsamente atribuído al condenado, estando sin duda alguna, escrito por otra mano. Estos hombres lo dicen y es denunciado el culpable por el hermano del prisionero, que cumple así un ineludible deber. Y es por eso que forzosamente debe empezar un nuevo proceso que ha de traer la revisión del primero, si hay condena. ¿No es esto perfectamente claro, justo y razonable? ¿Dónde podrá hallarse esa pretendida maquinación para salvar á un traidor? Que hay traidor, nadie lo niega; lo justo es que sea el culpable y no un inocente quien expié ese crimen. Trátase, pues, de entregaros al traidor verdadero.

¿No debía bastar un poco de buen sentido? ¿A qué móvil obedecen los hombres que desean la revisión del proceso Dreyfus? Descartad el imbécil antisemitismo, cuya feroz monomanía ve en él un complot de raza y el oro de los judíos esforzándose en reemplazar uno de los suyos por un cristiano en la infamante cárcel. Esto no tiene razón de ser; las inverosimilitudes y las imposibilidades caen las unas sobre las otras; todo el oro de la tie-

rra no comprará ciertas conciencias. Es preciso llegar á la realidad, que es la expansión natural, lenta, invencible, de todo error judicial. La historia es esa. Un error judicial lo impulsa todo; y algunos hombres de conciencia se sienten atraídos y subyugados, consagrándose más y más obstinadamente y arriesgando su fortuna y su vida para conseguir que se haga justicia. He aquí explicado lo que hoy pasa; el resto no es más que abominables pasiones políticas y religiosas, torrente desbordado de calumnias y de injurias.

¡Qué gran disculpa tendría la juventud si por un instante se obscureciesen en su cerebro las ideas de justicia y de humanidad! En la sesión del 4 de Diciembre, la Cámara francesa se cubrió de vergüenza votando una orden del día, *en que se deshonraba á los jefes de la campaña odiosa que turba la conciencia pública*. Eso lo digo muy alto para los que en el porvenir me lean: semejante voto es indigno de nuestro generoso país, y aparecerá como una mancha imborrable. *Los agitadores* son los hombres de conciencia y de valor que, seguros de que existe un error judicial, le han denunciado, para que la reparación se haga, animados por la convicción patriótica de que una gran nación donde se tolera que un inocente agonice en medio de mil torturas, es una nación condenada. *La campaña odiosa* es el grito de la verdad, el grito de justicia lanzado por esos hombres; es la obstinación que ponen en querer que delante de esos pueblos que la miran, la Francia siga siendo la Francia humana, la Francia que ha sabido hacer libertad y que sabrá hacer justicia. Está visto: la

Cámara ha cometido un crimen, corrompiendo la juventud de nuestras Escuelas, y de aquí que esa juventud engañada, extraviada, se arrastre por nuestras calles, en manifestación como nunca se habla visto, contra todo lo que hay de más noble, de más valiente y de más divino en el alma humana.

Después de la sesión del Senado se habló del derrumbamiento nacional, promovido por monsieur Scheurer-Kestner. ¡Infeliz! ¡Buen derrumbamiento tiene en su corazón y en su alma! Me figuro su angustia, su tormento cuando veía hundirse á su alrededor todo lo que amaba de nuestra República, todo lo que ha ayudado á conquistar para ella en el noble combate de su vida: la libertad primero, después las varoniles virtudes de la lealtad, de la franqueza y del valor cívico.

M. Scheurer-Kestner es uno de los últimos supervivientes de su fuerte generación. Bajo el Imperio evidenció lo que es un pueblo, sumiso á la autoridad de uno solo, y obligado á devorar su fiebre y su impaciencia con la boca amordazada ante las denegaciones de la justicia. El ha visto nuestros defectos, y con el corazón brotando sangre ha conocido las causas, todas debidas á la ceguedad, á la imbecilidad despótica. Luego ha sido de los que han trabajado más acertada y más ardentemente para levantar el país de sus escombros y devolverle el lugar que le correspondía en

Europa. Procede de los tiempos heroicos de nuestra Francia republicana, y me imagino que se puede considerar autor de una obra sólida y grande, arruinando para siempre el despotismo y conquistando la libertad, sobre todo esa libertad que yo concibo, la libertad humana, que permite á cada conciencia afirmar su deber en medio de la tolerancia de otras opiniones.

¡Oh, sí! Todo ha sido conquistado: pero todo está por tierra una vez más. Todo son ruinas; ruinas en su alma; ruinas por doquier. Haber sido arrastrado por la necesidad de verdad es un crimen; haber querido la justicia es un crimen. El espantoso despotismo ha vuelto; la más dura de las mordazas está de nuevo sobre las bocas. Y no es el pie de un César lo que aplasta la conciencia pública, es toda una Cámara la que afrenta á los que sólo con la pasión de lo justo se inflaman. ¡Prohibición de hablar! Los puños aplastan los labios que defienden la verdad; se agujonea á las muchedumbres para que hagan enmudecer á los aislados. Nunca tan monstruosa opresión se ha organizado para utilizarla contra la discusión libre. Y el vergonzoso terror reina, los más valientes se vuelven cobardes, nadie osa decir una palabra de lo que piensa por miedo de ser denunciado como vendido al traidor. Los pocos periódicos que han permanecido honrados se han humillado, y han concluido por enloquecer á sus lectores con necias historias. Ningún pueblo creo que haya atravesado horas de más turbulencia, más encenagadas y de mayor angustia por su razón y su dignidad.

En estas circunstancias, verdaderamente, toda la lealtad y el pasado de M. Scheurer-Kestner, se ha venido abajo. Si todavía cree en la bondad y en la equidad de los hombres, posee un sólido optimismo. Se le arrastra diariamente, hace tres semanas, por el lodo, por haber supeditado los honores y la alegría de su vejez al espíritu de justicia. No hay angustia más dolorosa que la de este hombre, que sufre el martirio por su honor. En él asesinan la fe del porvenir, se envenena su esperanza, y si muere, dirá: «Todo acabó, no hay nada más; todo lo bueno que he hecho se va conmigo, la virtud es sólo una palabra, el mundo es negro y vacío».

¡Y para abofetear en él al patriotismo, se ha elegido á este hombre, que es en nuestras asambleas el último representante de la Alsacia-Lorena! ¡El, un vendido, un traidor, un insultador del ejército, cuyo nombre debiera bastar para desvanecer las más sombrías inquietudes! Sin duda tuvo la debilidad de creer que su cualidad de alsaciano, su renombre de patriota ardiente, sería suficiente garantía de su buena fe en el delicado papel de justiciero. De su intervección en el asunto, ¿no parecía deducirse la necesidad de que todo acabase pronto, para el bien del ejército y de la patria? Pero no: dejad al proceso que se arrastre unas semanas más, tratad de esconder la verdad, de rehusar la justicia y veréis como nos habéis entregado á las burlas de toda Europa, como habéis puesto la Francia en el último rango de las naciones.

¡No; no! ¡Las estúpidas pasiones políticas y re-

ligiosas no quieren oír nada, y la juventud de nuestras escuelas da al mundo el espectáculo de silbar á M. Scheurer-Kestner, llamándole traidor y vendido, diciendo que insulta al ejército y que compromete á la patria!

Sé muy bien que algunos jóvenes manifestantes no representan toda la juventud, y que un centenar de alborotadores en la calle hace más ruido que diez mil estudiosos trabajadores encerrados en sus casas. Pero de todos modos, esos cien alborotadores sobran, porque semejante movimiento por pequeño que sea es un triste síntoma para el Barrio Latino.

¡Por lo visto existen jóvenes antisemitas! ¡Hay cerebros nuevos, almas nuevas que este imbécil veneno tiene desequilibrados! ¡Qué tristeza, qué inquietud para el siglo XX que va á empezar! Cien años después de la declaración de los *Derechos del hombre*, cien años después de este acto supremo de tolerancia y de emancipación, volvemos á las luchas religiosas, el más odioso y estúpido de todos los fanatismos. Y menos mal que esto suceda en ciertos hombres que desempeñan un papel, que tienen una actitud y una ambición voraz que satisfacer; pero ¡entre los jóvenes, entre los que nacen y se desarrollan llevando en su alma el germen de todos los derechos y de todas las libertades que nosotros habíamos soñado ver resplandecer en el próximo siglo! ¡Vosotros

los obreros esperados, declarándoos antisemitas! ¡ Vosotros en quien cifrábamos nuestras mejores esperanzas comenzáis el siglo exterminando todos los judíos porque son conciudadanos y enemigos de otra raza y de otra fe! Buen principio para la Ciudad de nuestros sueños, ¡ la ciudad de la igualdad y de la fraternidad! Si tal es el destino de la juventud, será cosa de llorar, y de negar toda esperanza y toda felicidad humana.

¡ Oh juventud, juventud! Piensa en la gran obra que te espera, yo te lo suplico; tú eres el obrero futuro que has de echar los cimientos del siglo próximo, que sin duda viene llamado á resolver los problemas de verdad y de igualdad planteados por el siglo que acaba; nosotros, los viejos, los mayores te dejamos el formidable montón de nuestras investigaciones, muchas contradicciones y obscuridades tal vez, pero seguramente el esfuerzo más apasionado que siglo alguno ha hecho hacia la verdad; los documentos más verídicos y el más sólido fundamento de este vasto edificio de la ciencia que tú debes seguir edificando para tu honor y para tu felicidad. Sólo te pedimos que seas más generosa, más libre de espíritu, que nos sobrepujes por tu amor á la vida normalmente vivida, por tu esfuerzo, puesto por entero en el trabajo, en esta fecundidad de los hombres y de la tierra que sabrá hacer crecer al fin, la desbordante cosecha de alegrías bajo el sol radiante. Nosotros te cedemos fraternalmente el sitio, felices de desaparecer, y descansar de nuestra parte de labor cumplida, en el reposo de la muerte, si sabemos que tú

continúas nuestra obra y que realizas nuestros ensueños.

¡ Juventud! ¡ Juventud! Acuérdate de los sufrimientos de tus padres en las terribles batallas donde supieron vencer para conquistar la libertad que tú disfrutas ahora. Si te sientes independiente, si puedes ir y venir á tu gusto, decir en la prensa lo que piensas, tener una opinión y expresarla públicamente; es porque tus padres han dado para ello su inteligencia y su sangre. Tú no has nacido bajo la tiranía; tú ignoras lo que es despertar cada mañana con el pie de un tirano sobre el pecho; tú no te has batido para escapar al sable del dictador y á las falsas razones de un mal juez. Agradécelo á tus padres, y no cometas el crimen de aclamar la mentira, ayudando la campaña de la fuerza brutal, la intolerancia de los fanáticos y la voracidad de los ambiciosos. Al fin de ese camino hallarías la dictadura.

¡ Juventud, juventud! Inclínate siempre hacia la justicia. Si la idea de justicia se obscurece en tí, te amenazarán todos los peligros. Y no te hablo de la justicia de nuestros códigos, que no es más que la garantía de los lazos sociales. Ciertamente hay que respetarla, pero hay una más alta idea de justicia: la que sienta por principio que todo fallo de los hombres puede hallarse sujeto á error, y admite la inocencia posible de un condenado, sin creer que por esto se insulta á los jueces. ¿ No es este un asunto que debe sublevar tu ardiente pasión de derecho? ¿ Quién se levantará para exigir que se haga justicia, sino tú que no estás en nuestras luchas de intereses y de personas, que no

estás aun atada ni comprometida por ningún negocio ambiguo, que puedes hablar alto, con toda pureza y buena fe?

¡Juventud, juventud! Sé humana, sé generosa. Aunque nos equivoquemos, ven con nosotros puesto que decimos que un inocente sufre una pena horrible y puesto que nuestro corazón sublevado se parte de angustia. Admite por un momento el error posible y, al considerar tan desmesurado castigo el corazón se te oprimirá y las lágrimas brotarán en tus ojos. ¡Bueno que los carceleros permanezcan impasibles, pero tú, tú, que todavía lloras y que debes ser accesible á todas las miserias, á todas las piedades! ¿Cómo no te atrae ese ideal caballeresco? Si en cualquier parte hay un mártir sucumbiendo bajo el odio, ¿cómo no sueñas en defender su causa y libertarle? ¿Quién, si no tú acometerá tan sublime aventura, se lanzará en una causa peligrosa y grande, y hará frente á un pueblo en nombre de la ideal justicia? ¿Y no te sientes avergonzada, en fin, de que sean tus mayores, los ancianos, los que se apasionen y hagan hoy tu obra, esa obra, de radiante generosidad?

—¿Adónde vais, jóvenes; adónde vais estudiantes que corréis las calles en manifestación, lanzando en medio de nuestras discordias la bravura y esperanza de vuestros veinte años?

—Vamos á la humanidad, á la verdad y á la justicia.

¡YO ACUSO...!

CARTA Á M. FÉLIX FAURE

Presidente de la República Francesa

Señor: ¿Me permitis que, agradecido por la bondadosa acogida que me dispensasteis, me preocupe de vuestra gloria y os diga que vuestra estrella, tan feliz hasta hoy, está amenazada por la más vergonzosa é imborrable mancha?

Habéis salido sano y salvo de bajas calumnias, habéis conquistado los corazones. Aparecisteis radiante en la apoteosis de la fiesta patriótica que, para celebrar la alianza rusa, hizo Francia, y os preparáis á presidir el solemne triunfo de nuestra Exposición Universal, que coronará este gran siglo de trabajo, de verdad y de libertad. ¡Pero qué mancha de cieno sobre nuestro nombre—iba á decir sobre vuestro reino—puede imprimir ese abominable proceso Dreyfus! Por lo pronto un Consejo de guerra se atreve á absolver á Esterhazy, bofetada suprema á toda verdad, á toda justicia. Y no hay remedio; Francia conserva esa mancha y la historia consignará que semejante

estás aun atada ni comprometida por ningún negocio ambiguo, que puedes hablar alto, con toda pureza y buena fe?

¡Juventud, juventud! Sé humana, sé generosa. Aunque nos equivoquemos, ven con nosotros puesto que decimos que un inocente sufre una pena horrible y puesto que nuestro corazón sublevado se parte de angustia. Admite por un momento el error posible y, al considerar tan desmesurado castigo el corazón se te oprimirá y las lágrimas brotarán en tus ojos. ¡Bueno que los carceleros permanezcan impasibles, pero tú, tú, que todavía lloras y que debes ser accesible á todas las miserias, á todas las piedades! ¿Cómo no te atrae ese ideal caballeresco? Si en cualquier parte hay un mártir sucumbiendo bajo el odio, ¿cómo no sueñas en defender su causa y libertarle? ¿Quién, si no tú acometerá tan sublime aventura, se lanzará en una causa peligrosa y grande, y hará frente á un pueblo en nombre de la ideal justicia? ¿Y no te sientes avergonzada, en fin, de que sean tus mayores, los ancianos, los que se apasionen y hagan hoy tu obra, esa obra, de radiante generosidad?

—¿Adónde vais, jóvenes; adónde vais estudiantes que corréis las calles en manifestación, lanzando en medio de nuestras discordias la bravura y esperanza de vuestros veinte años?

—Vamos á la humanidad, á la verdad y á la justicia.

¡YO ACUSO...!

CARTA Á M. FÉLIX FAURE

Presidente de la República Francesa

Señor: ¿Me permitis que, agradecido por la bondadosa acogida que me dispensasteis, me preocupe de vuestra gloria y os diga que vuestra estrella, tan feliz hasta hoy, está amenazada por la más vergonzosa é imborrable mancha?

Habéis salido sano y salvo de bajas calumnias, habéis conquistado los corazones. Aparecisteis radiante en la apoteosis de la fiesta patriótica que, para celebrar la alianza rusa, hizo Francia, y os preparáis á presidir el solemne triunfo de nuestra Exposición Universal, que coronará este gran siglo de trabajo, de verdad y de libertad. ¡Pero qué mancha de cieno sobre nuestro nombre—iba á decir sobre vuestro reino—puede imprimir ese abominable proceso Dreyfus! Por lo pronto un Consejo de guerra se atreve á absolver á Esterhazy, bofetada suprema á toda verdad, á toda justicia. Y no hay remedio; Francia conserva esa mancha y la historia consignará que semejante

crimen social se cometió al amparo de vuestra presidencia.

Puesto que se ha obrado tan sin razón, hablaré. Prometo decir la verdad y la diré si antes no lo hace el tribunal con toda claridad. Es mi deber: no quiero ser cómplice. Todas las noches me desvelaría el espectro del inocente que expía á lo lejos cruelmente torturado, un crimen que no ha cometido.

Por eso me dirijo á vos gritando la verdad con toda la fuerza de mi rebelión de hombre honrado. Estoy convencido de que ignoráis lo que ocurre. ¿Y á quién denunciar las infamias de esa turba malhechora de verdaderos culpables sino al primer magistrado del país?

Ante todo, la verdad acerca del proceso y de la condenación de Dreyfus.

Un hombre nefasto ha conducido la trama: el coronel Paty de Clam, entonces comandante. Él representa por sí solo el asunto Dreyfus; no se le conocerá bien hasta que una investigación leal determine claramente sus actos y sus responsabilidades. Aparece como un espíritu borroso, complicado, lleno de intrigas novelescas, complaciéndose con recursos de folletín, papeles robados, cartas anónimas, citas misteriosas en lugares desiertos, mujeres enmascaradas que facilitan en la sombra pruebas abrumadoras. Él imaginó lo de dictarle á Dreyfus la *nota sospechosa*; él concibió la idea

de observarle en una habitación revestida de espejos; es á él á quien nos presenta el comandante Forzineti, armado de una linterna sorda, pretendiendo hacerse conducir junto al acusado que dormía para proyectar sobre su rostro un brusco chorro de luz y sorprender su crimen en su angustioso despertar. Y no hay para qué lo diga yo todo: busquen y encontrarán cuanto haga falta. Yo declaro sencillamente que el comandante Paty de Clam, encargado de instruir el proceso Dreyfus y considerado en su misión judicial, es en el orden de fechas y responsabilidades el primer culpable del espantoso error judicial que se ha cometido.

La *nota sospechosa* estaba ya desde algún tiempo antes, entre las manos del coronel Sandherr, jefe del Negociado de informaciones, que murió poco después de una parálisis general. Hubo fugas, desaparecieron papeles (como siguen desapareciendo aún), y el autor de la *nota sospechosa* era buscado cuando se afirmó *a priori* que no podía ser más que un oficial del Estado Mayor, y precisamente del cuerpo de Artillería; doble error manifiesto que prueba el espíritu superficial con que se estudió la *nota sospechosa*, puesto que un detenido examen demuestra que no podía tratarse más que de un oficial de infantería.

Se procedió á un minucioso registro; examináronse las escrituras; aquello era como un asunto de familia y se buscaba al traidor en las mismas oficinas para sorprenderlo y expulsarlo. Desde que una sospecha ligera recayó sobre Dreyfus, aparece el comandante Paty de Clam, que se esfuerza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
 DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA
 C. I. B. G. M. E. N. O.
 C. I. B. G. M. E. N. O.

en confundirle y en hacerle declarar á su antojo. Aparecen también el ministro de la Guerra, el general Mercier, cuya inteligencia debe ser muy mediana, el jefe de Estado Mayor, general Boisdeffre que habrá cedido á su pasión clerical, y el general Gonse, cuya conciencia elástica pudo acomodarse á muchas cosas. Pero en el fondo de todo esto no hay más que el comandante Paty de Clam, que á todos los maneja y hasta los hipnotiza porque se ocupa también de ciencias ocultas, y conversa con los espíritus. Parecen inverosímiles las pruebas á que se ha sometido al desdichado Dreyfus, los lazos á que se ha querido hacerle caer, las investigaciones desatinadas, las combinaciones monstruosas... ¡Qué denuncia tan cruel!

¡Ah! por lo que respecta á esa primera parte, es una pesadilla insufrible, para quien está al corriente de sus detalles verdaderos. El comandante Paty de Clam prende á Dreyfus y lo incomunica. Corre después en busca de la señora Dreyfus y la infunde terror, previniéndola que si habla, su esposo está perdido. Entre tanto el desdichado se arranca la carne y proclama con alaridos su inocencia, mientras la instrucción del proceso se hace como en una crónica del siglo xv, en el misterio, con una terrible complicación de expedientes, todo basado en una sospecha infantil, en la *nota sospechosa*, imbécil, que no era solamente una traición vulgar, era también un estúpido engaño, porque los famosos secretos vendidos, eran tan inútiles que apenas tenían valor. Si yo insisto es porque veo en esto el germen de donde saldrá más adelante el verdadero crimen, la espantosa

denegación de justicia, que afecta profundamente á nuestra Francia. Quisiera hacer palpable como pudo ser posible el error judicial, como nació de las maquinaciones del comandante Paty de Clam y como los generales Mercier, Boisdeffre y Gonse, sorprendidos al principio, han ido comprometiendo poco á poco su responsabilidad en este error, que más tarde impusieron como una verdad santa, una verdad indiscutible. Desde luego sólo hubo de su parte incuria y torpeza; cuando más cedieron á las pasiones religiosas del medio y á prejuicios de sus investiduras. ¡Y vayan siguiendo las torpezas!

Cuando aparece Dreyfus ante el Consejo de guerra, exigen el secreto más absoluto. Si un traidor hubiese abierto las fronteras al enemigo para conducir al emperador de Alemania hasta Nuestra Señora de París, no se hubieran tomado mayores precauciones de silencio y misterio. Se murmuraron hechos terribles, traiciones monstruosas y, naturalmente, la Nación se inclina llena de estupor, no halla castigo bastante severo, aplaudirá la degradación pública, gozará viendo al culpable sobre su roca de infamia devorado por los remordimientos... ¿Luego es verdad de que existen cosas indecibles, dañinas, capaces de revolver toda Europa y que ha sido preciso para evitar grandes desdichas enterrar en el mayor secreto? ¡No! Detrás de tanto misterio sólo se hallan las imaginaciones románticas y dementes del comandante Paty de Clam. Todo esto no tiene otro objeto que ocultar la más inverosímil novela folletinesca. Para ase-

gurarse, basta estudiar atentamente el acta de acusación leída ante el Consejo de guerra.

¡ Ah! ¡ Cuánta vaciedad! Parece mentira que con semejante acta, pudiese ser condenado un hombre. Dudó que las gentes honradas puedan leerla sin que su alma se llene de indignación y sin que asome á sus labios un grito de rebeldía, imaginando la expiación desmesurada que sufre la víctima en la isla del Diablo. Dreyfus conoce varias lenguas; crimen. En su casa no se hallan papeles comprometedores; crimen. Algunas veces visita su país natal; crimen. Es laborioso, tiene ansia de saber; crimen. Si no se turba; crimen. Si se turba; crimen. Todo crimen, siempre crimen... ¡ Y las ingenuidades de redacción, las formales aserciones en el vacío! Nos habían hablado de catorce acusaciones y no aparece más que una: *la nota sospechosa*. Es más: averiguamos que los peritos no están de acuerdo y que uno de ellos, M. Gobert, fué atropellado militarmente porque se permitía opinar contra lo que se deseaba. Hablábase también de veintitrés oficiales, cuyos testimonios pesarian contra Dreyfus. Desconocemos aún sus interrogatorios, pero lo cierto es que no todos le acusaron, habiendo que añadir, además, que los veintitrés oficiales pertenecían á las oficinas del ministerio de la Guerra. Se las arreglan entre ellos como si fuese un proceso de familia, fijaos bien en ello: el Estado Mayor lo hizo, lo juzgó y acaba de juzgarlo segunda vez.

Así, pues, sólo quedaba la *nota sospechosa* acerca de la cual los peritos no estuvieron de acuerdo. Se dice que, en el Consejo, los jueces iban ya,

naturalmente á absolver al reo, y desde entonces, con obstinación desesperada, para justificar la condena, se afirma la existencia de un documento secreto, abrumador; el documento que no se puede publicar, que lo justifica todo y ante el cual todos debemos inclinarnos: ¡ el Dios invisible é incognoscible! Ese documento no existe; lo niego con todas mis fuerzas. ¡ Un documento ridículo, sí; tal vez el documento en que se habla de mujercillas y de un señor D... que se hace muy exigente, algún marido, sin duda, que juzgaba poco retribuidas las complacencias de su mujer! Pero un documento que interese á la defensa nacional, que no puede hacerse público sin que la guerra se declare inmediatamente, ¡ no, no! Es una mentira, tanto más odiosa y cínica, cuanto que se lanza impunemente sin que nadie pueda combatirla. Los que la fabricaron, conmueven el espíritu francés y se ocultan detrás de su legítima emoción; hacen enmudecer las bocas angustiando los corazones y pervirtiendo las almas. ¡ No conozco en la historia un crimen cívico de tal magnitud!

He aquí, señor Presidente, los hechos que demuestran cómo pudo cometerse un error judicial. Y las pruebas morales, como la posición social de Dreyfus, su fortuna, su continuo clamor de inocencia, la falta de motivos justificados, acaban de ofrecerlo como una víctima de las extraordinarias maquinaciones del comandante Paty de Clam, del medio clerical en que se movía, y del odio á los *puercos judíos* que deshonran nuestra época.

Y llegamos al asunto Esterhazy. Han pasado tres años y muchas conciencias permanecen turbadas profundamente, se inquietan, buscan, y acaban por convencerse de la inocencia de Dreyfus.

No historiaré las primeras dudas y la final convicción de M. Scheurer-Kestner. Pero mientras él rebuscaba por su parte, acontecían hechos de importancia en el Estado Mayor. Murió el coronel Sandherr y sucedióle como jefe del Negociado de informaciones, el teniente coronel Picquart, quien por esta causa, en el ejercicio de sus funciones, tuvo un día ocasión de ver una carta telegrama dirigida al comandante Esterhazy por un agente de una potencia extranjera. Era su deber abrir una información, y no lo hizo sin consultar sus dudas con sus jefes, el general Gonse y el general Boisdeffre y luego con el general Billot, que había sucedido al general Mercier en el ministerio de la Guerra. El famoso expediente Picquart, de que tanto se ha hablado, no fué más que el expediente Billot, es decir, el expediente instruido por un subordinado cumpliendo las órdenes del ministro, expediente que debe existir aún en el ministerio de la Guerra. Las investigaciones duraron de Mayo á Septiembre de 1896, y es preciso decir bien alto que el general Gonse estaba convencido de la culpabilidad de Esterhazy y que los generales Boisdeffre y Billot, no ponían en duda que la célebre *nota sospechosa* fuera de Esterhazy. El informe del teniente coronel Picquart había conducido á esta prueba cierta. Pero el sobresalto de todos era grande porque la condena de Esterhazy obligaba inevitablemente á la revisión del proceso

Dreyfus; y el Estado Mayor á ningún precio quería desautorizarse.

Debió haber un momento psicológico de angustia suprema entre todos los que intervinieron en el asunto; pero es preciso notar que, habiendo llegado al ministerio el general Billot, después de la sentencia dictada contra Dreyfus, no estaba comprometido en el error y podía esclarecer la verdad sin desmentirse. Pero no se atrevió temiendo acaso el juicio de la opinión pública y la responsabilidad en que habían incurrido los generales Boisdeffre y Gonse y todo el Estado Mayor. Fué un combate librado entre su conciencia de hombre y lo que él suponía el buen nombre militar. Pero luego, acabó por comprometerse, y desde entonces, echando sobre sí los crímenes de los otros, se hace tan culpable como ellos; es más culpable aun, porque fué árbitro de la justicia y no fué justo. ¡Comprended esto! Hace un año que los generales Billot, Boisdeffre y Gonse, conociendo la inocencia de Dreyfus, guardan para sí esta espantosa verdad. ¡Y duermen tranquilos, y tienen mujer é hijos que los aman!

El coronel Picquart había cumplido sus deberes de hombre honrado. Insistió cerca de sus jefes, en nombre de la justicia, suplicándoles, diciéndoles que sus tardanzas eran inconvenientes ante la terrible tormenta que se les venía encima, para estallar, en cuanto la verdad se descubriera. Monsieur Scheurer-Kestner rogó también al general Billot que por patriotismo activara el asunto antes de que se convirtiera en desastre nacional. ¡No! el crimen estaba cometido y el Estado Mayor

no podía ser culpable de ello. Por eso, el teniente coronel Picquart fué nombrado para una comisión que le apartaba del ministerio, y poco á poco fueron alejándole hasta el ejército expedicionario de Africa, donde quisieron honrar un día su bravura, encargándole una misión que le hubiera costado la vida en los mismos parajes donde el marqués de Morés encontró la muerte. Pero no había caído aún en desgracia; el general Gonse mantenía con él una correspondencia muy amistosa. Su desdicha era conocer un secreto de los que no debieran conocerse jamás.

En París la verdad se abría camino, y sabemos ya de qué modo la tormenta estalló. M. Mathieu Dreyfus denunció al comandante Esterhazy como verdadero autor de la *nota sospechosa*; mientras M. Scheurer-Kestner depositaba entre las manos del guarda-sellos una solicitud pidiendo la revisión del proceso. Desde este punto el comandante Esterhazy entra en juego. Testimonios autorizados le muestran como loco, dispuesto al suicidio ó la fuga. Luego todo cambia, y sorprende con la violencia de su audaz actitud. Había recibido refuerzos: un anónimo advirtiéndole los manejos de sus *enemigos*; una dama misteriosa que se molestaba en salir de noche para devolverle un documento que había sido robado en las oficinas militares y que le interesaba conservar para su salvación. Comienzan de nuevo las novelitas folletinescas, en las que reconozco los medios ya usados por la fértil imaginación del teniente coronel Paty de Clam. Su obra, la condenación de Dreyfus, peligraba, y, sin duda, quiso defender su obra. La

revisión del proceso era el desquiciamiento de su novela folletinesca, tan extravagante como trágica, cuyo espantoso desenlace se realiza en la Isla del Diablo. Y esto no podía consentirlo. Así comienza el duelo entre el teniente coronel Picquart, á cara descubierta, y el teniente coronel Paty de Clam enmascarado. Pronto se hallarán los dos ante la justicia civil. En el fondo no hay más que una cosa: el Estado Mayor defendiéndose y evitando confesar su crimen, cuya abominación aumenta de hora en hora.

Se ha preguntado con estupor cuáles eran los protectores del comandante Esterhazy. Desde luego, en la sombra, el teniente coronel Paty de Clam, que ha imaginado y conducido todas las maquinaciones, descubriendo su presencia en los procedimientos descabellados. Después los generales Boisdeffre, Gonse y Billot, obligados á defender al comandante, puesto que no pueden consentir que se pruebe la inocencia de Dreyfus, cuando este acto había de lanzar forzosamente contra las oficinas de Guerra el desprecio del público. Y el resultado de esta situación prodigiosa es que un hombre intachable, Picquart, el único entre todos que ha cumplido con su deber, será la víctima escarnecida y castigada. ¡Oh justicia! ¡qué triste desconsuelo embarga el corazón! Picquart es la víctima; se le acusa de falsario y se dice que fabricó la carta telegrama para perder á Esterhazy. Pero, ¡Dios mío! ¿por qué motivo? ¿con qué objeto? Que indiquen una causa, una sola. ¿Estárá pagado por los judíos? Precisamente Picquart es un apasionado antisemita. Verdaderamente

Agosto, 1925 MONTEPERREY, MEXICO
 "ALFONSO R. YCS"
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO

asistimos á un espectáculo infame; para proclamar la inocencia de los hombres cubiertos de vicios, deudas y crímenes, acosan á un hombre de vida ejemplar. Cuando un pueblo desciende á esas infamias, está próximo á corromperse y aniquilarse.

A esto se reduce, señor Presidente de la República, el asunto Esterhazy, un culpable á quien se trata de salvar haciéndole parecer inocente. Hace dos meses que no perdemos de vista esa interesante labor. Y abrevio porque sólo quise hacer el resumen, á grandes rasgos, de la historia cuyas ardientes páginas, un día serán escritas con toda extensión. Hemos visto al general Pellieux, primero, y al comandante Ravary, más tarde, hacer una información infame, de la cual han de salir transfigurados los bribones, y perdidas las gentes honradas. Después se ha convocado el Consejo de guerra.

¿Cómo se pudo suponer que un Consejo de guerra deshiciera lo que había hecho un Consejo de guerra?

Aparte la fácil elección de los jueces, la elevada idea de disciplina que llevan esos militares en el espíritu, bastaría para debilitar su rectitud. Quien dice disciplina dice obediencia. Cuando el ministro de la Guerra, jefe supremo, ha declarado públicamente y entre las aclamaciones de la representación nacional, la inviolabilidad absoluta de la

cosa juzgada, ¿queréis que un Consejo de guerra se determine á desmentirlo formalmente? Jerárquicamente no es posible tal cosa. El general Billot con sus declaraciones ha sugestionado á los jueces, que han juzgado cómo entrarían en fuego á una orden sencilla de su jefe: sin titubear. La opinión preconcebida que llevaron al tribunal fué sin duda ésta: «Dreyfus ha sido condenado por crimen de traición ante un Consejo de guerra; luego es culpable, y nosotros, formando un Consejo de guerra, no podemos declararlo inocente. Y, como suponer culpable á Esterhazy, sería proclamar la inocencia de Dreyfus, Esterhazy debe ser inocente».

Y dieron el inicuo fallo que pesará siempre sobre nuestros Consejos de guerra, que hará en adelante sospechosas todas sus deliberaciones. El primer Consejo de guerra pudo equivocarse; pero el segundo ha mentido. El jefe supremo había declarado la cosa juzgada inatacable, santa superior á los hombres, y ninguno se atrevió á decir lo contrario. Se nos habla del honor del ejército; se nos induce á respetarlo y amarlo. Cierto que sí; el ejército que se alzaría en cuanto se nos dirija la menor amenaza, que defenderá el territorio francés, lo forma todo el pueblo, y sólo tenemos para él ternura y veneración. Pero ahora no se trata del ejército, cuya dignidad justamente mantenemos en el ansia de justicia que nos devora; se trata del *sable*, del señor que nos darán acaso mañana. Y besar devotamente la empuñadura del *sable*, del ídolo, ¡no, eso no!

Por lo demás queda demostrado que el proceso

Dreyfus no era más que un asunto particular de las oficinas de Guerra: un individuo del Estado Mayor, denunciado por sus camaradas del mismo cuerpo, y condenado, bajo la presión de sus jefes.

Por lo tanto, lo repito, no puede aparecer inocente, sin que todo el Estado Mayor aparezca culpable. Por esto las oficinas militares, usando todos los medios que les ha sugerido su imaginación y que les permiten sus influencias, defienden á Esterhazy para hundir de nuevo á Dreyfus. ¡ Ah!, qué gran barrido debe hacer el Gobierno republicano en esa *cueva jesuitica* (frase del mismo general Billot). ¿ Cuándo vendrá el ministerio, verdaderamente fuerte y patriota, que se atreva de una vez á refundirlo y renovarlo todo? ¡ Conozco á muchas gentes que, suponiendo posible una guerra, tiemblan de angustia, porque saben en qué manos está la defensa nacional! ¡ En qué albergue de intrigas, chismes y dilapidaciones se ha convertido el sagrado asilo donde se decide la suerte de la patria! Espanta la terrible claridad que arroja sobre aquel antro el asunto Dreyfus; el sacrificio humano de un infeliz, de un *puerco judío*. ¡ Ah!, se han agitado allí la demencia y la estupidez, maquinaciones locas, prácticas de baja policía, costumbres inquisitoriales; el placer de algunos tiranos que pisotean la nación, ahogando en su garganta el grito de verdad y de justicia bajo el pretexto, falso y sacrilego, de razón de Estado.

Y es un crimen más apoyarse con la persona inmunda, dejarse defender por todos los bribones de París, de manera que los bribones triunfen

insolentemente, derrotando el derecho y la probidad. Es un crimen haber acusado como perturbadores de Francia á cuantos quieren verla generosa y noble á la cabeza de las naciones libres y justas; mientras los canallas urden impunemente el error que tratan de imponer al mundo entero. Es un crimen extraviar la opinión con tareas mortíferas que la pervierten y la conducen al delirio. Es un crimen envenenar á los pequeños y á los humildes, exasperando las pasiones de reacción y de intolerancia, y cubriéndose con el antisemismo, de cuyo mal morirá sin duda la Francia libre, si no sabe curarse á tiempo. Es un crimen explotar el patriotismo para trabajos de odio; y es un crimen, en fin, hacer del sable un dios moderno, mientras toda la ciencia humana emplea sus trabajos en una obra de verdad y justicia.

¡ Esa verdad, esa justicia que nosotros buscamos apasionadamente, las vemos ahora humilladas y desconocidas! Imagino el desencanto que padecerá sin duda el alma de M. Scheurer-Kestner, y le creo atormentado por los remordimientos de no haber procedido revolucionariamente el día de la interpelación en el Senado, desembarazándose de su carga, para derribarlo todo de una vez. Creyó que la verdad brilla por sí sola, que se le tendría por honrado y leal, y esta confianza le ha castigado cruelmente. Lo mismo le ocurre al teniente coronel Picquart, que por un sentimiento de dignidad elevada, no ha querido publicar las cartas del general Gonse; escrúpulos que le honran de tal modo que mientras permanecía respetuoso y disciplinado, sus jefes le hicieron cubrir de

lodo, instruyéndole un proceso de la manera más desusada y ultrajante. Hay, pues, dos víctimas, dos hombres honrados y leales, dos corazones nobles y sencillos, que confiaban en Dios, mientras el diablo hacía de las suyas. Y hasta hemos visto contra el teniente coronel Picquart este acto inno- ble: un tribunal francés, consentir que se acusara públicamente á un testigo y cerrar los ojos cuando el testigo se presentaba para explicarse y defen- derse. Afirmando que esto es un crimen más, un cri- men que subleva la conciencia universal. Decidi- damente los tribunales militares tienen una idea muy extraña de la justicia.

Tal es la verdad, señor Presidente, verdad tan espantosa, que no dudo quede como una mancha en vuestro Gobierno. Supongo que no tenéis nin- gún poder en este asunto, que seáis un prisionero de la Constitución y de la gente que os rodea; pero tenéis un deber de hombre en el cual meditaréis cumpliéndole, sin duda honradamente. No creáis que desespere del triunfo; lo repito, con una certeza que no me permite la menor vacila- ción; la verdad avanza, y nadie puede contenerla. Hasta hoy no principia el proceso, pues hasta hoy no han quedado deslindadas las posiciones de cada uno: á un lado los culpables, que no quieren la luz; al otro los justicieros, que daremos la vida porque la luz se haga. Cuanto más duramente se oprima la verdad, más fuerza toma, y la explosión será más terrible. Veremos como se prepara el más ruidoso de los desastres.

Señor Presidente, concluyamos, que ya es tiem- po. Yo, acuso al teniente coronel Paty de Clam como laborante—quiero suponer inconsciente—del error judicial, y por haber defendido su obra ne- fasta tres años después con maquinaciones desca- belladas y culpables.

Acuso al general Mercier por haberse hecho cómplice, al menos por debilidad, de una de las mayores iniquidades del siglo.

Acuso al general Billot de haber tenido en sus manos las pruebas de la inocencia de Dreyfus, y no haberlas utilizado, haciéndose por lo tanto culpable del crimen de lesa humanidad y de lesa justicia con un fin político, y para salvar al Esta- do Mayor comprometido.

Acuso al general Boisdeffre y al general Gonse por haberse hecho cómplices del mismo crimen, el uno por fanatismo clerical, el otro por espíritu de cuerpo, que hace de las oficinas de Guerra un arca santa, inatacable.

Acuso al general Pellieux y al comandante Ra- vary por haber hecho una información infame, una información parcialmente monstruosa, en la cual el segundo ha labrado el impercedero mo- numento de su torpe audacia.

Acuso á los tres peritos calígrafos, los señores Belhomme, Varinard y Couard por sus informes engañosos y fraudulentos, á menos que un exa- men facultativo los declare víctimas de una cegue- ra de los ojos y del juicio.

Acuso á las oficinas de Guerra por haber hecho en la prensa, particularmente en *L'Eclair* y en

L'Echo de Paris una campaña abominable para cubrir su falta, extraviando la opinión pública.

Y, por último: acuso al primer Consejo de guerra, por haber condenado á un acusado, fundándose en un documento secreto, y al segundo Consejo de guerra por haber cubierto esta ilegalidad, cometiendo el crimen jurídico de absolver conscientemente á un culpable.

No ignoro que, al formular estas acusaciones, arrojé sobre mí los artículos 30 y 31 de la Ley de Prensa del 29 de Julio de 1881, que se refieren á los delitos de difamación. Y voluntariamente me pongo á disposición de los Tribunales.

En cuanto á las personas á quienes acuso, debo decir que ni las conozco ni las he visto nunca, ni siento particularmente por ellas rencor ni odio. Las considero como entidades, como espíritus de maleficencia social. Y el acto que realicé aquí, no es más que un medio revolucionario de activar la explosión de la verdad y de la justicia.

Sólo un sentimiento me mueve, sólo deseo que la luz se haga, y lo imploro en nombre de la humanidad, que ha sufrido tanto y que tiene derecho á ser feliz. Mi ardiente protesta no es más que un grito de mi alma. Que se atrevan á llevarme á los Tribunales y que me juzguen públicamente.

Así lo espero.

París, Enero 13 del 98.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Declaración de Zola ante el Jurado

Señores: En la sesión de la Cámara del 22 de Enero, M. Méline, presidente del Consejo de Ministros, declaró, entre los aplausos frenéticos de la mayoría complaciente, su mucha confianza en los doce ciudadanos en cuyas manos ponía la defensa del ejército. De vosotros hablaba, señores jurados. Y así como el general Billot había dictado su sentencia al Consejo de Guerra, encargado de absolver al comandante Esterhazy, dando á subordinados suyos desde lo alto de la tribuna la consigna militar del respeto indiscutible á la cosa juzgada, también M. Méline ha querido daros la orden de condenarme en nombre del respeto al ejército, que él me acusa de haber ultrajado. Desde aquí denuncié á la conciencia de las gentes honradas esta presión que los poderes públicos ejercen sobre la justicia del país. Esas son costumbres políticas abominables que deshonoran á una nación libre.

30798

L'Echo de Paris una campaña abominable para cubrir su falta, extraviando la opinión pública.

Y, por último: acuso al primer Consejo de guerra, por haber condenado á un acusado, fundándose en un documento secreto, y al segundo Consejo de guerra por haber cubierto esta ilegalidad, cometiendo el crimen jurídico de absolver conscientemente á un culpable.

No ignoro que, al formular estas acusaciones, arrojé sobre mí los artículos 30 y 31 de la Ley de Prensa del 29 de Julio de 1881, que se refieren á los delitos de difamación. Y voluntariamente me pongo á disposición de los Tribunales.

En cuanto á las personas á quienes acuso, debo decir que ni las conozco ni las he visto nunca, ni siento particularmente por ellas rencor ni odio. Las considero como entidades, como espíritus de maleficencia social. Y el acto que realicé aquí, no es más que un medio revolucionario de activar la explosión de la verdad y de la justicia.

Sólo un sentimiento me mueve, sólo deseo que la luz se haga, y lo imploro en nombre de la humanidad, que ha sufrido tanto y que tiene derecho á ser feliz. Mi ardiente protesta no es más que un grito de mi alma. Que se atrevan á llevarme á los Tribunales y que me juzguen públicamente.

Así lo espero.

París, Enero 13 del 98.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Declaración de Zola ante el Jurado

Señores: En la sesión de la Cámara del 22 de Enero, M. Méline, presidente del Consejo de Ministros, declaró, entre los aplausos frenéticos de la mayoría complaciente, su mucha confianza en los doce ciudadanos en cuyas manos ponía la defensa del ejército. De vosotros hablaba, señores jurados. Y así como el general Billot había dictado su sentencia al Consejo de Guerra, encargado de absolver al comandante Esterhazy, dando á subordinados suyos desde lo alto de la tribuna la consigna militar del respeto indiscutible á la cosa juzgada, también M. Méline ha querido daros la orden de condenarme en nombre del respeto al ejército, que él me acusa de haber ultrajado. Desde aquí denuncié á la conciencia de las gentes honradas esta presión que los poderes públicos ejercen sobre la justicia del país. Esas son costumbres políticas abominables que deshonoran á una nación libre.

30798

Veremos, señores, si obedeceréis. Pero no es cierto que yo esté aquí, ante vosotros, por la voluntad de M. Méline, quien sólo ha cedido á la necesidad de perseguirme, turbado, aterrorizado, por el nuevo paso que la verdad en marcha iba á dar. Todo el mundo lo sabe. Estoy ante vosotros porque he querido; yo sólo decidí que este obscuro y monstruoso asunto llegase á vuestra jurisdicción para que la Francia lo sepa todo al fin y sea justa. Mi actitud no tuvo otro objeto y mi persona no significa nada, la sacrificio voluntariamente, satisfecho de poner en vuestras manos con el honor del ejército, el honor en peligro de la nación entera.

Si la luz no aclaró del todo vuestras conciencias, no fué por culpa mía. Parece ser que yo he soñado queriendo traeros todas las pruebas, estimándoos los únicos dignos, los únicos competentes. Se ha empezado por apartar de vosotros, con la mano izquierda, lo que se os ofrecía con la derecha; se aceptaba en apariencia vuestra jurisdicción, pero si se tenía confianza en vosotros para vengar á los miembros de un Consejo de Guerra, otros oficiales quedaron intangibles, superiores á vuestra justicia. Compréndalo quien pueda. Es el absurdo en la hipocresía y la evidencia, siguiéndose de aquí que se ha temido vuestro buen sentido, y que no se ha querido correr el riesgo de dejárnoslo decir todo para que todo lo juzguéis. Ellos pretenden limitar el escándalo, y el escándalo dado por mí consistía en procurar que el pueblo encarnado en vosotros fuese quien juzgara. Pretenden además que no podían aceptar una revisión dis-

frazada, confesando así, que tienen un miedo profundo á vuestra comprobación soberana. La ley tiene en vosotros su representación total y es la justicia del pueblo la que yo deseo, la que yo respeto profundamente como buen ciudadano, y no los oscuros procedimientos, gracias á los cuales han querido burlarnos.

Heme aquí, señores, excusado de las molestias que os ocasioné, sin haber conseguido inundaros con toda la claridad que yo soñaba. La luz, toda la luz, era mi vehemente deseo; y estos debates acababan de probaros que tuvimos que luchar paso á paso contra una voluntad extraordinaria de obstinación y tinieblas. Cada jirón arrancado á la verdad costó un combate; se nos ha discutido todo, se nos ha negado todo, atemorizando á nuestros testigos con la esperanza de que no probásemos nada. Y hemos luchado porque esta prueba fuese sometida por completo á vuestro juicio, á fin de que pudierais pronunciar sin remordimiento el fallo de vuestra conciencia. Estoy seguro de que tomaréis en cuenta nuestros esfuerzos y que después de todo la luz que hicimos pueda ser bastante. Habéis oído los testigos: luego oiréis mi defensor quien os contará la verdadera historia, esa historia que enloquece á todos y que nadie conoce. Quedo tranquilo. La verdad se ampara de vosotros.

M. Méline creyó imponeros su voluntad confiándoos el honor del ejército; y es precisamente el honor del ejército lo que me hizo apelar á vuestra justicia. Desde aquí doy á M. Méline el mérito más formal; yo no he ultrajado jamás al ejér-

cito; al contrario, expresé mi ternura, mi respeto por la nación en armas, por nuestros queridos soldados que defenderán siempre el territorio francés. También es falso que yo ataque á los jefes, á los generales que han de conducirlos á la victoria. Si algunas individualidades de las oficinas de Guerra comprometieron al ejército, con sus manejos, ¿descubrir á los culpables es insultar al soldado? Antes bien es una obra de buen ciudadano arrancar el grito de alarma para que no se reproduzcan los errores, causando nuevas desdichas. Además, yo no me defiendo y dejo á la historia el cuidado de juzgar mi actitud. Pero afirmo que se deshonoran al ejército cuando se consiente que los gendarmes feliciten á Esterhazy, conociendo las abominables cartas que ha escrito; afirmo que nuestro valeroso ejército es insultado cada día por los bandidos, que pretextando defenderlo, le manchan con su baja complicidad, arrastrando por el lodo todo lo que hay aún en Francia de generoso y grande; afirmo que son ellos los que deshonoran el ejército nacional cuando mezclan el grito de ¡viva el ejército! al de ¡á muerte los judíos! También han gritado ¡viva Esterhazy! ¡¡ Gran Dios!! El pueblo de San Luis, de Bayard, de Condé y de Hoche; el pueblo que cuenta cien victorias gigantes, el pueblo de las conquistas de la República y del Imperio, el pueblo cuya fuerza, cuyas franquicias y cuya generosidad asombraron al Universo, hoy grita ¡viva Esterhazy! Es una vergüenza de que sólo puede redimirnos un esfuerzo gigante de verdad y de justicia.

Conocéis la leyenda que se ha hecho: Dreyfus

ha sido condenado justamente y legalmente por siete oficiales infalibles, á quienes no se puede suponer víctimas de un error sin ultrajar al ejército entero. Dreyfus expía en una tortura vengadora su abominable traición; y como es judío se crea un sindicato de judíos, un sindicato internacional, disponiendo de cientos de millones con objeto de salvar al traidor por medio de las más imprudentes manipulaciones. Desde entonces el sindicato amontona crímenes, soborna las conciencias, arrojando á Francia en una agitación mortal, decidido á venderla al enemigo y á producir una guerra europea antes que renunciar á su espantoso propósito. Esto es muy sencillo, infantil é imbécil como veis; pero con ese pan envenenado, la prensa inmunda desde hace algunos meses alimenta á nuestro pobre pueblo. Y no hay que sorprenderse de que asistamos á una crisis desastrosa, porque sembrando de tal modo la torpeza y la mentira, se recoge forzosamente la demencia.

Ciertamente, señores, no he de haceros la injusticia de creer que hayáis acogido hasta hoy esos cuentos de nodriza. Os conozco, sé que sois el corazón y la conciencia de París, de mi gran París, donde he nacido, el que amo con infinita ternura, el que estudió y canto desde hace cuarenta años; y sé también lo que ahora se agita en vuestros cerebros, pues antes de venirme á sentar aquí como acusado ocupé otras veces el sitio donde vosotros estáis. Representáis la opinión media, la prudencia y la justicia. Cuando entréis en la sala de deliberaciones, mi pensamiento os acompañará y estoy seguro de que habéis de hacer todo lo po-

sible para salvar vuestros intereses de ciudadanos que, naturalmente son, según vosotros, los intereses de la nación entera. Podéis equivocaros, pero si acaso, os equivocaréis creyendo asegurar el bien de todos.

Os veo entre vuestra familia, por la noche, á la luz del quinqué, os oigo hablar con vuestros amigos, os acompaño á vuestros talleres, á vuestros almacenes; todos trabajáis en industrias, en comercios ó ejerciendo profesiones liberales y vuestra más legítima inquietud la produce el estado deplorable á que llegaron los negocios. La crisis actual amenaza convertirse en desastre, las ventas bajan, las transacciones hácese más difíciles cada vez, por esta razón el pensamiento que os domina y que leo en vuestros rostros impone la necesidad de acabar con todo esto que daña. Vosotros no diréis como algunos: «¿Qué nos importa que un inocente perezca en la isla del Diablo? ¿El interés de uno solo puede sobreponerse y turbar de tal modo un gran país?» Pero diréis sin duda que la agitación de los hambrientos de verdad y de justicia se paga muy cara con todo el mal de que se nos acusa; y si me condenáis no habrá en el fondo de vuestro veredicto más que un deseo de calmar á los vuestros, la necesidad de que los negocios vuelvan á su curso natural, y la creencia de que hiriéndome detenéis una campaña de reivindicación perjudicial á los intereses de Francia.

Pues bien, señores, os equivocaríais absolutamente. Hacedme la honra de creer que yo no defiendo aquí mi libertad; condenándome sólo conseguiríais engrandecerme; quien sufre por la ver-

dad y la justicia se hace augusto y sagrado. Miradme bien: ¿tengo yo cara de mentiroso, de sobornado, de traidor? ¿Por qué lucharé, pues? No tengo ambición política, ni pasiones de sectario: soy un escritor libre que ha consagrado su vida al trabajo y mañana volverá á las filas á proseguir su labor interrumpida. ¡Qué necios los que me llaman italiano, á mi, nacido de una madre francesa, educado por mis abuelos, campesinos de Francia; yo que perdí á mi padre á los siete años y que sólo después de cumplir los cincuenta y cuatro fui á Italia con el único objeto de buscar documentos para un libro! Lo cual no me priva de sentirme orgulloso de que mi padre hubiese nacido en Venecia, la ciudad resplandeciente cuya gloria antigua cantan todos los recuerdos. Y aun cuando yo no fuera francés, ¿los cuarenta volúmenes de lengua francesa cuyos ejemplares á millones circulan por el mundo entero, no bastarían para hacer de mí un francés útil á la gloria de Francia?

No me defiendo, pero cometeríais un error si creyeseis que condenándome restablecíais el orden en nuestro desgraciado país. ¿No comprendéis que lo que más daña á la nación, es la obscuridad en que se la tiene, y lo que más la hiere es la mentira? Las faltas de los gobernantes amontónanse y encandénanse; un engaño reclama otro engaño mayor para cubrirse, y así llegamos á una farsa espantosa. Un error judicial se ha cometido y para taparlo es preciso cometer cada día un nuevo atentado contra el buen sentido y la equidad. La condena de un inocente produjo la libertad de un

culpable; y aun hoy se os pide que me condenéis porque grito con angustia, cuando veo á la patria en mal camino. Condenadme, pues, pero será una falta más que añadir á las otras, una falta de que la historia os hará responsables. Y mi condena, en lugar de producir la paz que deseáis, que deseamos todos, será nueva semilla de pasiones y desórdenes. La medida está colmada, os lo aseguro, no la hagáis vosotros desbordar.



*
* *

¿Cómo no os hacéis cuenta exacta de la terrible crisis que el país atraviesa? Se dice que somos los autores del escándalo; se dice que los amantes de la verdad y de la justicia relajan la nación y la conducen á la ruina. En verdad esto es una burla sangrienta. ¿Por ventura el general Billot, y cito á uno sólo, no está desde hace año y medio advertido? ¿Por ventura el coronel Picquart no insistió en que la revisión se hiciera para que la tempestad no estallase arrastrándolo todo? ¿Y M. Scheurer-Kestner no ha suplicado con lágrimas en los ojos para que se evitara la catástrofe? No, no, nuestro deseo fué facilitarlo todo, y si el país padece, la falta es de los poderes públicos que para cubrir á los culpables y sirviendo intereses políticos, se negaron á todo, creyéndose bastante fuertes para impedir que la luz se hiciera. Manobraron en tinieblas y son los responsables de todo.

¡El asunto Dreyfus! ¡Ah, señores! A la hora

presente resulta bien pequeño, bien alejado de nosotros, bien insignificante comparado con las terribles luchas que ha producido. Ya no hay asunto Dreyfus; se trata solamente de saber si Francia es todavía la Francia de los derechos del hombre, la que dió la idea de libertad á todo el mundo y debía darle también la idea de justicia. ¿Somos aun el pueblo más noble, más fraternal y más generoso? ¿Pretendemos conservar en Europa nuestra fama de justos humanitarios? ¿No son todas las conquistas que habíamos hecho las que ahora se nos discuten? Abrid los ojos y comprended que para llegar á tal desorden, el alma francesa debe estar removida hasta sus más íntimas profundidades y en frente de un peligro temible. Un pueblo no se trastorna de tal modo sin poner su vida moral en peligro. El momento reviste una gravedad excepcional puesto que se trata de la salud de la nación.

Quando hayáis comprendido todo esto, sentiréis que no hay más que un remedio posible: decir verdad y hacer justicia. Todo lo que retarde la luz, todo lo que aumente las tinieblas con otras tinieblas, no hará más que prolongar y agravar la crisis. La misión de los buenos ciudadanos, de los que sienten la imperiosa necesidad de que esto concluya, se reduce á exigir que todo se aclare. Ya son muchos los que piensan así; los literatos, los filósofos, los científicos, lo afirman por doquiera en nombre de la inteligencia y de la razón. Y no hablo del extranjero, del temblor que ha poseído á la Europa entera; lo cual demuestra que no todo extranjero es forzosamente un enemigo. Nada os

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE COAHUILA DE ZARAGOZA
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ENSEÑANZA
 1995 MONTERREY, MEXICO

digo de los pueblos que pueden ser mañana nuestros adversarios; de la poderosa Rusia nuestra amiga, de la pequeña Holanda, de todos los pueblos simpáticos del Norte y también de los que hablan nuestro idioma: la Suiza y la Bélgica. ¿Por qué tienen todos el corazón oprimido, embargado por el sufrimiento fraternal? ¿Soñáis en una Francia aislada de todo el mundo? ¿No os gustaría que al pasar la frontera nadie se burlase de vuestra fama legendaria de equidad y fraternidad?

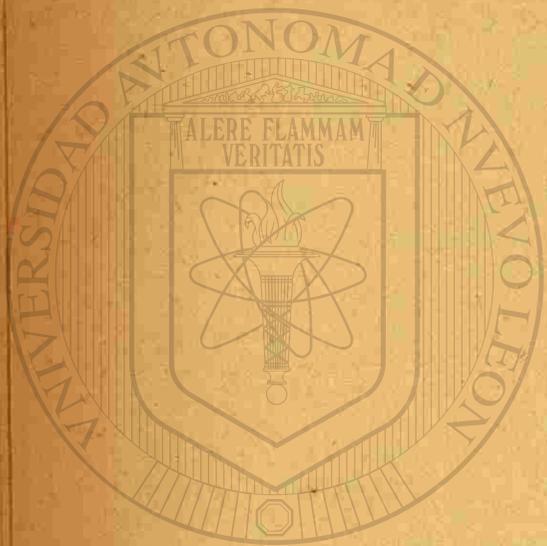
¡ Ah, señores! Como tantos otros, acaso esperáis también que la prueba que justifique la inocencia de Dreyfus descienda del cielo, violenta como el rayo. La verdad no suele ofrecerse así, requiere algo de investigación y algo de inteligencia. ¡ La prueba! Sabemos dónde está, dónde encontrarla, pero sólo lo pensamos desde el fondo de nuestras almas, y nuestra angustia patriótica nos hace temer que un día se nos ofrezca esta prueba, como una bofetada, después de haber comprometido el honor del ejército en una mentira. Quiero declarar francamente que si hemos presentado como testigos á ciertos miembros de las Embajadas, nuestra voluntad formal era desde luego no citarlos aquí. Ha hecho reír nuestra audacia, pero no creo que se haya reído nadie desde el Ministerio de Negocios Extranjeros, porque allí han debido comprendernos. Hemos querido sencillamente demostrar á todos los que saben la verdad, que nosotros la conocemos también. La verdad se conoce bien en las embajadas, y pronto ha de ofrecerse á los ojos de todos. Si nos es imposible buscarla hoy donde se oculta protegida por invencibles forma-

lidades, el Gobierno, que no ignora nada, el Gobierno, que está convencido como nosotros de la inocencia de Dreyfus, podrá cuando quiera y sin riesgo encontrar testimonios que hagan luz.

Dreyfus es inocente, lo juro. Empeño mi vida, empeño mi honor. En esta hora solemne, ante un Tribunal que representa la justicia humana, ante los jurados, que sois la emanación misma del país, ante toda Francia, ante el mundo entero: juro que Dreyfus es inocente. Y por mis cuarenta años de trabajo, por la autoridad que mi labor pudo valerme: juro que Dreyfus es inocente. Por cuanto he conquistado, por la fama que alcancé, por las letras francesas: juro que Dreyfus es inocente. Que todo se hunda, que mis obras perezcan si Dreyfus no es inocente. ¡ Es inocente!

Todo se revuelve contra mí, las dos Cámaras, el Poder civil y el Poder militar, los diarios de gran circulación y la opinión pública, envenenada por ellos. Y en mi ayuda sólo una idea, un ideal de verdad y de justicia. Estoy satisfecho, tranquilo, seguro de vencer.

No he querido que mi país permanezca en el error y en la injusticia. Aquí pueden condenarme, pero algún día Francia entera me agradecerá el haberla ayudado á salvar su honor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MIS ODIOS



El odio es santo. Es la indignación de los corazones fuertes y poderosos, el desdén de las personas á quienes la medianía y la necesidad enojan. Odiar es amar, es tener el alma fuerte y generosa, vivir holgadamente, despreciando lo necio y lo vergonzoso.

El odio consuela, el odio hace justicia, el odio engrandece.

Cada vez que me he rebelado contra las sociedades de mi tiempo, me he sentido rejuvenecer y he cobrado más alientos. He hecho mis compañeros al odio y á la arrogancia; me he complacido en aislarme, y en mi aislamiento he querido odiar cuanto atacaba á lo justo y á lo verdadero. Si hoy valgo algo, es porque estoy solo y porque odio.

*
* *

Odio á los hombres incapaces é impotentes; me

molestan. Me han quemado la sangre y han lastimado mis nervios. Nada tan irritante como esos brutos que al andar se balancean como los patos y miran con asombrados ojos y con la boca abierta. No he podido nunca dar dos pasos sin encontrar tres imbéciles, y esto me causa pena. Por todas partes los hay. El vulgo se compone de necios que os salen al paso para salpicaros el rostro con la baba de su medianía. Estos necios se mueven y hablan, y su aspecto, gesto y voz me incomodan tanto, que como Stendhal, antes quiero un pícaro que un tonto. ¿Qué podemos hacer de tales gentes, pregunto, en los difíciles tiempos de lucha por qué atravesamos? Al salir del viejo mundo, nos precipitamos hacia un mundo nuevo.

Los imbéciles se cuelgan de nuestro brazo, entorpecen nuestro paso en medio de estúpidas cajadas y sentencias absurdas, y hacen resbaladizo y penoso el sendero que hemos de recorrer. En vano queremos desprendernos de ellos; nos oprimen, nos ahogan y se pegan cada vez más á nosotros.

Estamos en la época en que los ferrocarriles y el telégrafo nos transportan en cuerpo y alma á lo infinito y á lo absoluto, en la época grave é inquieta, período de gestación de una nueva verdad de la inteligencia humana, y hay sin embargo hombres necios y nulos que niegan lo presente y se pudren en el pequeño y nauseabundo charco de su trivialidad. Podemos conseguir algo de los locos; los locos piensan y tienen todos alguna idea, cuya exagerada tensión ha roto el resorte de su inteligencia. Los dementes son enfermos del espí-

ritu y del corazón; almas desdichadas, pero llenas de vida y de fuerza. Quiero escucharles, porque siempre espero ver brillar, en medio del caos de sus pensamientos alguna verdad suprema. Mas, por piedad, que maten á los necios y á los tontos, á los incapaces y á los estúpidos; establézcanse leyes que nos libren de esas gentes que abusan de su ceguera para decir que es de noche. El insolente reinado de los tontos ha cansado ya al mundo; los tontos en masa deben ser conducidos á la plaza de Grève.

Les odio.

*

**

Odio á los hombres que se amartillan en una idea personal y van como un rebaño empujándose unos á otros é inclinando la cabeza para no ver el resplandor del cielo. Cada rebaño tiene su Dios; su ídolo, en aras del cual inmola la gran verdad humana. Prosiguen con seriedad su camino y van andando con grave continente en medio de la necesidad, lanzando exclamaciones de desesperación cada vez que algo turba su fanatismo pueril.

.....
 ¿Dónde están, pregunto, los hombres libres, los que viven abiertamente, los que no encierran el pensamiento en el estrecho círculo de un dogma y avanzan francamente hacia la luz, sin miedo á desmentirse mañana y sin cuidarse más que de lo justo y lo verdadero? ¿Dónde están los hombres

que no forman parte de la «claque» juramentada y que aplauden á una indicación del jefe, á Dios ó al príncipe, al pueblo ó á la aristocracia? ¿Dónde están los hombres que viven aislados, lejos de los rebaños humanos, los que acogen bien todo lo grande, los que desprecian las camarillas y son partidarios de la libertad de las ideas? Cuando estos hombres hablan, las gentes graves y estúpidas se enfadan y los abruma con el peso de su número; luego, con aire solemne, vuelven á ocuparse de su digestión, y cuando están en familia, prueban de una manera indudable que todos son unos imbéciles.

Les odio.

*
* *

Odio á los que de todo se burlan, á los caballeros que, no pudiendo imitar la pesada gravedad de sus papás, al examinar las cosas, lo hacen riéndose de ellas. Hay carcajadas más desprovistas de sentido que el silencio diplomático. La época de ansiedad en que vivimos trae consigo una alegría nerviosa é impregnada de angustia, que me produce el mismo desagradable efecto que me causaría oír limar los dientes de una sierra. ¡Callad todos los que os habéis impuesto la tarea de divertir al público!...

.....
Por lo que á mí respecta, lamento que tengamos tantos hombres de chispa y tan pocos de verdad,

de imparcialidad y de justicia. Cada vez que veo un muchacho soltar la carcajada para divertir al público, le compadezco y siento que no sea bastante rico para vivir en la holganza, en lugar de reir de un modo tan poco digno. Mas, para los que sólo lanzan carcajadas, sin derramar nunca una lágrima, no tengo compasión.

Les odio.

*
* *

Odio á los estúpidos, que todo lo miran con desdén; á los impotentes, que dicen que el arte y la literatura mueren de muerte natural. Ellos son los cerebros más vacíos y los corazones más secos, las personas que se entierran en lo pasado y ojean con desprecio las calenturientas obras de nuestra época, y las califican de nulas y pequeñas. Yo miro las cosas de otra manera. Me cuido poco de la belleza y la perfección, pues sólo me interesa la vida, la lucha, la fiebre. Entre nuestra generación me encuentro muy á mi gusto. Me parece que el artista no puede desear época mejor, ni ambiente más á propósito. No hay maestros ni escuelas. Vivimos en plena anarquía, y cada uno de nosotros es un rebelde que piensa, crea y se bate por sí y para sí mismo. El momento es decisivo: esperamos á los que hieran mejor y más recio, á aquellos cuyos puños tengan la suficiente fuerza para cerrar todas las bocas; y cada nuevo lucha-

dor abriga en el fondo la vaga esperanza de ser el dictador, el tirano de mañana.

.....

.....

.....

Nieguen los ciegos nuestros esfuerzos; vean en la lucha que sostenemos las convulsiones de la agonía, sin embargo de ser estas luchas los primeros quejidos que anuncian el nacimiento. Al fin y al cabo son ciegos.

Les odio.



*
* *

Odio á los pedagogos que nos guían, á los pedantes y á los hombres enojosos que rehusan la vida. Soy partidario de las libres manifestaciones del genio humano. Creo en una serie no interrumpida de expresiones humanas, en una galería interminable de cuadros, y lamento el no poder vivir siempre para asistir á la eterna comedia que consta de mil actos diversos. Soy un simple curioso. Los necios que no se atreven á mirar hacia adelante, miran atrás.

Quieren constituir el presente con las reglas del pasado, y quieren que el porvenir tome por modelo las obras y los hombres de tiempos que fueron. Los días amanecerán, y cada cual traerá consigo una nueva idea, un nuevo arte, una nueva literatura. Las obras serán tantas y tan variadas como las sociedades mismas, y éstas se transfor-

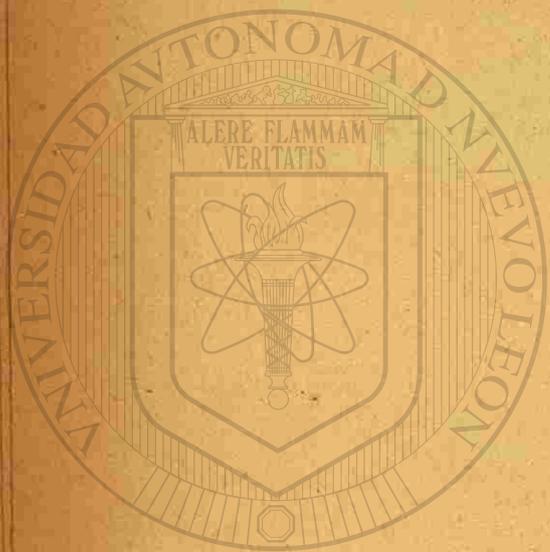
marán eternamente. Pero los impotentes no quieren ensanchar el marco; han hecho la lista de las obras existentes, y por tal medio han alcanzado una verdad relativa, que pretenden hacer pasar por absoluta. No crean; imitan. Y he aquí por qué odio á las gentes neciamente graves, á las neciamente alegres, y á los artistas y á los críticos que quieren hacer estúpidamente la verdad de hoy con la de ayer. No comprenden que avanzamos y que los países cambian.

Les odio.

*
* *

Y ahora, ya sabéis cuáles son mis amores, los bellos amores de mi juventud.

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

De la moralidad en la literatura

I

Se ha fundado un nuevo periódico, el *Gil Blas*, que, después de buscar penosamente su vía, ha obtenido de pronto un gran éxito dedicándose en especial á las historias picantes.

Su caso es de los más sencillos: primero tanteó al público en todo sentido y en todos los tonos; luego, habiendo aventurado algunas de esas bufonadas que constituyeran en otro tiempo el éxito de *La Vida Parisiense*, y viendo que al público le gustaban estos artículos, le ha dado cuantos ha querido de ellos, sin ningún escrúpulo acerca de la calidad ni de la cantidad. Naturalmente, fuera de toda real indignación, los demás periódicos no han visto este éxito con buen ojo. La mayor parte, especialmente los que se fundan con gran trabajo en este momento, y los que, viviendo en la curiosidad pública sienten la necesidad de retener constantemente á los lectores con nuevos cabos, han

dejado ver un soberbio disgusto; algunos de ellos, más diestros, se las han ingeniado, sin cesar en sus gritos, para imitar al *Gil Blas*. Se han visto, pues, pulular por un instante las historias de color subido, los dibujos alegres, en medio de una cólera tan ruidosa como poco convencida. París entero ha parecido presa de un acceso de virtud extraordinario.

Comenzaré por decir que esto no hace el elogio de la prensa ni el elogio del público. Es verdad que el *Gil Blas* no se fundó con la intención formal de trabajar en la basura. Inquieto ante su primer fracaso fué en seguida allí donde le pareció que estaba el éxito. Para mí sus lectores mismos son los que han querido que fuese lo que es. Cuanto á los otros periódicos, tendrían que hacer un terrible examen de conciencia antes de caer tan rudamente sobre el recién nacido y denunciarle á la justicia como un pelado y un sarnoso del cual surge todo el mal.

Esto hace pensar en el modo de ser de la prensa contemporánea. Siento amor por la prensa, la creo una herramienta poderosa de los tiempos modernos; pero se ha de convenir en que junto á su excelente tarea de información cotidiana es terriblemente vil con los suscriptores.

En toda evolución, hay también una parte de desastre. ¿Dónde está el periódico que se niega á seguir á la multitud en sus apetitos? Hasta se puede decir que un periódico no existe sino por las pasiones de su público especial. Las hojas de á cinco céntimos viven de la estupidez de las clases ignorantes que las devoran; es necesario haber

asistido á la confección de una de esas hojas, con frecuencia fabricadas por hombres muy inteligentes, que emplean su destreza en ser brutos, olfateando, apartando el alimento demasiado delicado ó demasiado substancial, coleccionando solamente los hechos vulgares, los *vaudevilles* y los melodramas. Es una especulación franca con la sensibilidad de los porteros y la buena fe de los ignorantes que creen instruirse.

A continuación véanse las hojas mundanas, esas hojas del bulevar fundadas en las malsanas curiosidades de la época, en la necesidad de información inmediata que experimentamos hasta, debiera decir sobre todo, en las cosas que á nosotros se refieren. Inútil es insistir, esas hojas han sido una verdadera escuela de desorganización pública.

*

**

¿Y si pasase al lado financiero?

Nadie ignora que los periódicos que se declaran defensores de la moral, están en su mayor parte vendidos á compañías financieras, emboscadas en la tercera ó cuarta página, despojando á los sencillos lectores que en ellas se aventuran. Son ladroneras más ó menos discretas, el robo organizado, chanchullos innumerables, mentiras impresas en gruesos caracteres y en gruesos números que enganchan públicamente al mundo. ¡Cuántos negocios ilegales implantados, cuántas familias arruinadas, por haber dado crédito al boletín financie-

ro de un periódico cuya primera causa defiende la propiedad y los buenos principios en bellas frases!

Piénsese, en fin, en la parte política: un periódico no es más que el arma peligrosa de la ambición de un hombre ó un tráfico desvergonzado con las pasiones de un partido; se zarandea allí, al público que se halaga y se atiborra con lo que se sabe debe agradarle. Hay allí una explotación despiadada y que impulsa á las catástrofes, con el fin perfectamente egoísta de hacer fortuna ó de elevarse al poder.

Aplanamiento en todas partes y en todo ante el suscriptor, he ahí en suma la actitud universal de la prensa. Se habla de la verdad, y hay seguramente periodistas convencidos; pero siempre impera el negocio, en medio de la baráunda de opiniones contrarias.

Más aun; tengo amor á la prensa, y no pienso hacer aquí el proceso suyo. Puede en ocasiones pervertir su tarea; sin embargo, no deja de hacer una tarea necesaria y útil. Quiero solamente llegar á esto: viviendo de las pasiones del público, comerciando con la estupidez, la afición al juego y al dinero, los robos de unos y la ambición de otros, hace mal efecto al indignarse y reprender cuando un colega conquista algún éxito explotando la picardía del público. ¡Diantre! es una especialidad como cualquiera otra, y encuéntrola mucho menos peligrosa que la especialidad financiera, que despoja á las gentes, y que la especialidad política, que escamotea las provincias. Obsérvese que un periódico como el *Gil Blas* no engaña absoluta-

mente á nadie; es conocido, los que lo compran saben lo que en él van á encontrar; mientras que hay un continuo engaño en las celadas de la política y financieras, donde los lectores de buena fe penetran á ciegas siempre. Además, con franqueza, ¿se desmoronará la sociedad porque un periódico haga una nueva versión de los cuentos de Boccaccio y de Brantôme? Ello no pasa de ser agradable, cuando el cuento está bien escrito; y si es grosero, un poco de silencio basta para hacer justicia.

Hablando francamente, nuestros padres eran más despreocupados y tolerantes. ¿No causa estupor esa cruzada brusca de la prensa contra lo que llama á boca llena obscenidad? Ha descubierto que en la obscenidad está hoy el peligro, que la sociedad está perdida si no se declara una guerra á muerte á la literatura obscena.

Pero ¿dónde diablos ven ustedes esa obscenidad? Reventamos, por el contrario, de falsa virtud y de falso pudor. En estos momentos, en el punto en que nos encontramos de la evolución científica, cuando tan poderosos agentes trabajan los pueblos y los transforman, ponerse frente á periodiquillo y declarar que sus cuentos alegres nos ponen en peligro, me parece tan ridículo y tan imbécil como el mecánico que en una locomotora lanzada á todo vapor, se asustara y creyese el tren hecho añicos al ver de pronto una pulga saltando sobre su máquina.

Sí, reventamos de tartufismo. Una nación es como una mujer que pasa por el impudor sencillo de la infancia, por la reserva de la juventud, y que

llega por fin á la hipócrita rigidez de la edad madura. Léase nuestra historia; se encontrarán claramente esas tres edades en nuestras costumbres y en la literatura nuestra.

No insistiré sobre las costumbres: el fondo vicioso está siempre ahí, es la naturaleza humana misma; pero, según las épocas, hay más ó menos franqueza en la satisfacción de las necesidades naturales. Nuestros padres vivían más libremente. Era aquélla una grosería bonachona y sopriente; ó al menos su modo de ser nos parece tal, hoy que una larga educación de pudor nos ha hecho más finos.

Quiero hablar aquí particularmente de la literatura, de la expresión escrita de las costumbres. Véase todo el siglo xv y todo el xvi: los asuntos son libres, el escritor no retrocede nunca ante la palabra. Se encuentra una lengua copiosa, que no oculta nada al hombre, que llama á las cosas por su nombre, y esto hasta el punto de que sería imposible citar ciertas páginas de los autores más leídos de la época.

Pero en las obras dramáticas es donde se encuentran los ejemplos más característicos de esa libertad; sabido es con qué cuidado se evita hoy la menor palabra equívoca, por miedo á los silbidos; hace trescientos años la comedia hacía uso de todas las licencias, llevaba hasta el fin los encuentros amorosos, sin escasear los actos ni los términos. Era aquello, volviendo á mi comparación, el impudor sencillo de la infancia, en nuestra naciente sociedad.

Luego, con el siglo de Luis XIV, vino la reser-

va de la juventud. Molière tiene aún á veces una franqueza y una claridad de lenguaje que hoy nos choca; pero las cosas no van más allá de la palabra, y aun la palabra es rara y simplemente tolerada en el género cómico.

Llega en seguida el siglo xviii, de un vicio tan refinado, tan aficionado á la gracia y la elegancia de la frase, y cuya retórica tan lindamente descubre las desnudeces; la hipocresía de la edad madura comienza, y con ella la ciencia de permitirselo todo en estilo estudiado, expurgado.

Y llegamos así á nuestra época de protestantismo, al pudor exagerado de las viejas solteronas que ocultan sus cabellos. Las palabras nos asustan más aún que las cosas. Somos como personas cansadas de vivir, podridas de desorden, viendo una alusión y un ataque personal en toda palabra franca y enérgica. Los borrachos no hablan del vino ni quieren que se hable de él ante ellos.

Una reflexión que me ha sorprendido mucho es que el romanticismo, en sus audacias de lenguaje, siempre retrocedió ante la palabra verdadera. Puesto que tenía la pretensión de unirse al siglo xvi, por encima del largo período clásico, de remontarse al genio nacional, de tomar de su fuente el verdor y la riqueza del viejo lenguaje, ¿por qué se contentó con el penacho, con la frase lírica y sonora, con esa oleada de imágenes que desborda en los poetas, sin nunca recurrir á la palabra propia, á la franqueza y la fuerte sencillez de la expresión?

Ocurre esto sencillamente porque el romanticismo, á pesar de sus apariencias de mosquetero y

su declarado horror del burgués, no es en realidad más que un hijo de nuestra edad pudibunda y miedosa. Vió el siglo xvi en plena leyenda de melodrama, y nos lo devolvió en un cortejo de martes de carnaval, no yendo más allá de la audacia del traje, no cuidándose de penetrar bajo la carne y darnos aquella hermosa infancia tan libre y tan varonil de nuestra sociedad.

En mi concepto, el romanticismo expurgó al siglo xvi para uso de las lectoras y las espectadoras de 1830. Estaba demasiado en la plena fantasía para fijarse en las verdades y las energías de la lengua. Teófilo Gautier no hizo más que protestar contra la hipocresía literaria en su *Señorita de Maupin*; personalmente, refinó aún la metáfora y la perifrasis, sin atreverse á repetir las palabras de nuestros viejos autores. Para que se hiciera tal tentativa, para que un novelista se atreviese á tratar de devolver algo de su claridad viril á nuestra lengua, era necesario esperar á que el movimiento naturalista se produjese y diera á los escritores la verdad por base y el método por útil.

Sería un estudio en extremo interesante el de esta larga educación del pudor. Hemos llegado á colocar todo el pudor en un punto; y cuando este punto está oculto, ó se deja pasar simplemente en silencio, todo va bien, la moral se ha salvado. Esto recuerda la sencillez del avestruz que se creía invisible después de colocar la cabeza detrás del guijarro. Nosotros ocultamos el sexo; una hoja de parra basta en ocasiones; á veces hasta una oblea; desde ese momento, en cuanto el sexo está suprimido, podemos enseñarlo todo, las enferme-

dades de los miembros, las llagas del pecho, los granos del rostro. Se miente, se roba, se mata á cara descubierta; pero el que amase al aire libre sería silbado y lapidado.

¿Cómo el honor ha acabado por refugiarse ahí? ¿Cómo el novelista, que puede contar un asesinato en sus circunstancias más horribles, no puede pintar la unión de dos esposos sin verse entregado al disgusto de las gentes honradas y á la severidad de la justicia? ¿Es según eso más propio y menos vergonzoso el asesinato que el acto de la generación? ¿Es según eso más conveniente dar muerte á un ser que hacer una criatura?

No comprendo esto. Obsérvese que en la antigüedad los pueblos niños, crecidos al sol, paseaban y los besaban devotamente. Fué necesaria la idea cristiana de la indignidad del cuerpo para tomar el sexo vergonzoso y poner la perfección moral en la castidad.

El hombre no fué ya hecho para reproducirse, sino para morir. Se predicó la muerte de todo, se pusieron la dicha y el poder fuera del mundo. De ahí nuestras generaciones que tiemblan, que se ocultan, que consienten en comer en público, pero no se reproducen á la luz del sol, que han hecho, en una palabra, de los órganos que perpetúan la raza una vergüenza de la cual no se quiere hablar, aún cuando de ella se abuse hasta la ruina y la muerte.

No tengo intención de filosofar, de averiguar si el pudor es un sentimiento natural ó un sentimiento de educación. Me admiro y deploro sencillamente como escritor que el estudio del sexo, en sus

verdades fisiológicas, nos esté prohibido como una podredumbre casi infamante.

Otro hecho que á menudo me sorprende es la influencia cada vez mayor del protestantismo en nuestras costumbres, en política y en literatura.

Los doctrinarios, los dogmáticos, los pudibundos, no son sino protestantes más ó menos declarados; y tenemos ahí un ejemplo bien característico de una época que, en sus comienzos, nos hizo avanzar en un paso hacia la libertad y la verdad, pero que, desde entonces, se convirtió en un terrible obstáculo á nuestra marcha, cortando el camino y obstinándose en una completa inmovilidad.

Hoy, los protestantes, esos revolucionarios, esos liberales de otro tiempo, son los peores reaccionarios que conozco, metidos en el dogma como postes, llamándose los únicos defensores de lo bueno y lo verdadero, tapándose los ojos y el oído ante las nuevas soluciones de las ciencias.

Por otra parte, tal es la suerte de todas las religiones: comienzan por un grito de libertad, y en seguida se encierran fatalmente en la negación de lo que pueda destruirlas.

Sólo la ciencia marcha de lo conocido á lo desconocido, siendo bastante franca para corregir constantemente sus errores y apropiarse todas las nuevas verdades.

En nuestros días, el protestantismo se ha hecho, pues, en moral y en literatura, un espantajo mucho más molesto que el catolicismo; nos entenderemos con un católico, pero desafío á un artista á que esté en buena armonía con un protestante. Hay entre ambos una antipatía de cerebros.

Nosotros, los novelistas naturalistas, observadores y experimentadores, analistas y anatomistas, estamos sobre todo en guerra abierta con el protestantismo, por nuestra continua investigación, que perjudica á los dogmas y á los principios, que va más allá de los axiomas morales. Ahí está nuestro enemigo. Le siento desde hace mucho tiempo.

En resumen, tal es la situación á la hora presente. Nuestro siglo tiene una larga educación de pudor, que le hace tanto más hipócrita cuanto más civilizados son sus vicios. Se hace la cosa, pero no se ríe con ella; ocasiona rubor y se hace á escondidas. Consistiendo la moral en ocultar el sexo, el sexo se ha declarado infame. Se ha formado así una verdadera actitud pública, conveniencias, toda una política social que ha reemplazado á la idea de virtud. Esta evolución ha procedido por el silencio; hay cosas de las cuales resulta inconveniente hablar; he ahí todo; de tal manera que el hombre distinguido, el hombre honrado, es el que hace las cosas sin hablar de ellas, mientras que el que de ellas habla sin hacerlas, como ciertos novelistas que conozco, son tratados de gentes podridas y á diario arrastrados por el arroyo.

Se toleran las verdades á los sabios, por la sencilla razón de que nadie se ocupa de los sabios; pero si un escritor toma las recientes verdades de la ciencia y se atreve á utilizarlas en el análisis y la pintura de sus personajes, rompe el contrato de silencio ultimado con los miembros de nuestra sociedad, se aparta de la idea convenida de la virtud

y pasa al estado de enemigo público, contra el cual todo está autorizado.

Pues bien, esta situación que nos crea pareceme intolerable. Creo que ha llegado sobradamente la hora de discutir y resolver la cuestión de la obscenidad en la literatura.

¿Qué es, pues, la obscenidad y dónde está?

El momento es á propósito para decirlo, porque la aventura de *Gil Blas* ha venido á sentar la cuestión, exaltando á los hipócritas que se han apresurado á embrollarlo todo y á emitir las más extrañas opiniones.

II

Comencemos por analizar el caso del *Gil Blas*.

He explicado cómo este periódico, en busca del éxito á toda costa, lo que es la característica de nuestra edad, había sentido que al público le gustaban sus ensayos, tímidos al principio, de historias picarescas, y se decidió en breve á no darle más que esta golosina, abiertamente, sin el menor escrúpulo. He dicho también que el *Gil Blas* ni siquiera tenía el mérito de haber inventado esta especulación de los instintos alegres de los lectores, pues *La Vida Parisiense* había publicado antes que él una serie de cuentos muy libres.

En todo este tiempo, esta literatura atrevida fué muy del agrado de los franceses. Pasa de nuestros viejos noveladores, de Brantôme y Rabelais, á los novelistas del siglo XVIII, Crébillon y los demás, pasando por La Fontaine. Por consiguiente, es clásico en el buen sentido de la palabra, forma parte de nuestro genio nacional, no podemos renegar de ella sin amputarnos. La cuestión del talento es sola la que falta examinar.

*
* *

Para mí, la cuestión del talento lo zanja todo

en literatura. No sé qué se entiende por escritor moral y escritor inmoral; pero sé muy bien lo que es un autor que tiene talento y un autor que no lo tiene. Y cuando un autor tiene talento, creo que todo le está permitido. Véase la historia. En Francia, todo se lo permitimos á Rabelais, como en Inglaterra permitiósele todo á Shakespeare. Una página bien escrita tiene su moralidad propia, que está en su belleza, en la intensidad de su vida y de su acento. Es imbécil querer someterla á mundanas conveniencias, á una virtud de educación y de moda. Para mí, no hay más obras obscuras que las mal pensadas y mal ejecutadas.

Por ejemplo, ahí está el *Gil Blas*. Lo he leído por espacio de algunos meses con atención; las historias picarescas me producen gran placer, el placer puramente literario que siento leyendo un cuento de La Fontaine; mientras que me indignaron otras historias, cuyos asuntos eran no obstante parecidos.

Y nada tan sencillo de explicar: las primeras tenían por autores á escritores de talento, mientras que las segundas estaban perpetradas por periodistas útiles para todo, que trabajan en el vicio ó en la virtud por encargo.

El delito mayor del *Gil Blas* consiste en imitar á Boccacio, Brantôme y La Fontaine sin genio; necesitaría como redactores á Boccacio, Brantôme y La Fontaine mismos; y los periódicos virtuosos harían entonces muy mal papel denunciándole á la justicia, porque lo que enviarían á la prisión correccional sería todo un aspecto de nuestra literatura.

Esta cuestión de la forma es tan importantísima, que nunca se injurió á la *Vida Parisiense* con tal pasión, porque, justamente, los cuentos alegres de aquel periódico estaban escritos con más fineza y encanto. La picardía mal hecha, sin alegría ó sin gracia, no es más que un excremento odioso é inaceptable.

Falta juzgar la especulación en sí misma.

*
**

He podido admirarme de que ciertos periódicos, que trafican con los apetitos menos nobles y más peligrosos del público, se indignasen tan vivamente contra un colega que hace negocio halagando la picardía de la multitud. Pero esto no quiere decir en manera alguna que defienda á dicho periódico; hasta encuentro que su marcha es bastante sucia, tanto más cuanto que por cada cuento agradable se encuentran allí veinte completamente innobles. Sólo que es necesario establecer, según he tratado de hacerlo, que el *Gil Blas*, con sus picardías, no causa más daño á la sociedad que ciertos periódicos políticos y ciertos periódicos financieros con las catástrofes de sangre y de dinero que nos preparan.

Insisto, porque la verdad absoluta está ahí. Se grita que el cuento alegre debe ocultarse en el libro y no repartirse en hojas al público. En primer lugar, el libro queda, mientras que la hoja desaparece. En segundo término, hay muchas cosas que

debieran quedarse en los libros: las declamaciones de partido que pudren la nación, toda la ola de estupideces y de tunantadas que deshonran la prensa, cuyo papel principal es ser el instrumento más poderoso de nuestra información universal. Su verdadera tarea no está en otra parte, y los que la tienen cariño, los que la aceptan como el útil de la época, se entristecen teniendo que hacer en ella tanto sitio á sus tanteos y á sus errores.

¡Cuánta fuerza perdida! Rechazáis la literatura de la prensa, llenáis al público de política durante diez años; es natural que se divierta y procure un éxito á las picardías del *Gil Blas*. La boga de los cuentos picantes, que atribuíis al naturalismo, lo que en breve examinaremos, viene por el contrario, en mi concepto, de lo profundamente cansados que están ya los lectores de agitarse en el círculo estrecho de la polémica de los partidos y de la necesidad irresistible que experimentan al fin de reír, de mostrarse alegres, bellos, jóvenes, amantes. Por poco que impongáis aún á Francia vuestras disputas, vuestras ambiciones, vuestra fraseología parlamentaria, vuestros artículos pesados y mal escritos, esta indigestión de política que mata al público, veremos ciertamente cualquier día á las mujeres y los hombres cogerse de las manos y ponerse á bailar en las calles, locos de fastidio, resueltos á distraerse de cualquier modo y en cualquier parte.

Estudiemos ahora la obscenidad en la literatura.

Es esta una expresión vaga, que se aplica á la ventura y que es necesario definir.

Nada más distinto como espíritu y como fin

que las obras tratadas de obscenas, en montón, sin distinción ninguna. Así es como críticos dotados de una singular clarividencia me acusan de ser el verdadero padre del *Gil Blas*, nacido según ellos de las crudezas de *Naná* y de *La Taberna*. Lo cual es un ejemplo sorprendente de la confusión en que nos encontramos en materia de literatura. Se suprime Boccaccio, se suprime Brantôme, se suprime Pirón, y no se parece dudar ni un solo instante de que mis obras, por desnudas que puedan ser, salen del anfiteatro y no de las alcobas galantes. Es necesario, pues, remontarse á las fuentes y tratar de hacer la mayor luz posible. Analicemos las obras, tratemos de clasificarlas lógicamente.

*
* *

Entre nosotros, según he dicho, el cuento alegre es un fruto del suelo. Brotó antes de refinarse el género en Italia. Se le encuentra en los balbuces de nuestra literatura, y su carácter es entonces una grosería de una bonachonería jovial. Las palabras son crudas, la picardía es enorme, se siente pasar por allí la sonora risa del público comodón, fácil de divertir. Las señoras de la época se reían de buena gana con ciertas crudas historias que hoy no nos atreveríamos á contar entre hombres.

Luego, después de las anécdotas de Brantôme de tan bella tranquilidad sencilla en su desnudez,

La Fontaine continúa haciendo cuentos picarescos, que viste con su gracia y su malicia; á partir de tal momento, las crudezas desaparecen, la picardía se apura por la indirecta, el siglo de Luis XIV deja caer un extremo de su púrpura sobre el cinturón de Priapo.

En el fondo de todo movimiento literario, hay simplemente una evolución social. Todavía se ve esto cuando, en el siglo XVIII, la literatura alegre se transforma de nuevo y ocupa un lugar tan marcado, tan decisivo. No puedo escribir una historia completa de esta literatura, historia de grandísima utilidad no obstante, y que un crítico joven y atrevido debiera darnos, porque habría allí una contestación á las acusaciones de inmoralidad con que se persigue al naturalismo, mostrando el abismo que hay entre los cuentistas picarescos, que proceden de la fantasía, y nosotros, que procedemos de la ciencia.

Así, pues, he añi un filón de nuestra literatura, explotado en todas las épocas, y sólo con las diferencias impuestas por el medio social. Muy libre en el siglo XV y en el XVI, expurgada y de un encanto exquisito en el XVII, desbordando y acabando en ferocidad en el XVIII, el cuento ó la novela calificado por la crítica de obsceno, ha dado algunas obras maestras á nuestra lengua, en medio de un montón de medianías y basuras caídas en el olvido. Al principio son simplemente anécdotas sobre maridos engañados, sobre mujeres demasiado ardientes; la imaginación de los cuentistas no es fértil, el mismo asunto y los mismos recursos son utilizados constantemente. Más ade-

lante, en vano se afina el género, no se ensancha mucho. La observación es nula, reaparecen sin cesar los mismos chistes de almanaque; se ha de llegar al siglo XVIII para encontrar pinturas de costumbres desarrolladas.

Insisto, porque hay ahí un género perfectamente distinto, que tiene su lugar bien determinado en nuestra historia literaria y que no se ha de confundir con ningún otro, so pena de embrollarlo todo y de no ser justo.

Este género ofrece los caracteres; no tiene la ambición de observar, ni de pintar, ni de decir la verdad acerca de un hecho ó de un ser; quiere divertir, nada más; es un pasatiempo, un recreo cuyo asomo de fruto prohibido le hace aún más sabroso. Cuando es tratado con talento, se hace un manjar muy fino, que puede prohibirse á las señoritas, pero es un festín para los espíritus cultos. Si es contado sin talento, sin sencillez ó sin malicia, sin el encanto de un estilo personal, no es más que una basura, que en el desprecio de los lectores tiene lo que merece.

Tal es el caso del *Gil Blas*, lo repito: agradable, cuando publica la amable picardía de un periodista de ingenio; completamente innoble cuando el artículo es de un constructor de prosa, que hace de encargo cualquier imitación mal hecha de Boccacio ó de Brantôme.

Por otra parte, la especulación ha existido, si no en todo tiempo, al menos á partir del siglo XVIII.

*
* *

Nadie, supongo, acusa á Brantôme de haber especulado con la picardía de su época. Parece haber escrito muy sencillamente sobre hechos de los cuales hablaba todo el mundo sin ruborizarse; y no se le ve haciéndose imprimir en Bélgica, repartiéndole sus libros en secreto.

Lo propio puede decirse de La Fontaine. Había en él un gusto literario, rimaba sus cuentos por puro placer, sin la idea de cosquillear á sus contemporáneas ni de hacer dinero con el vicio.

Podemos hablar en el mismo sentido de Pirón, del cual la estupidez de la crítica charlatana ha hecho el tipo del autor obsceno; Pirón tenía sencillamente en las venas mucha de la sangre de nuestros cuentistas picarescos; reía sonoramente, como borgoñón que no se intimida ante las bellas ni ante el vino, pero era un temperamento, no un fabricante en frío de porquerías clandestinas.

Pero es verdad que junto á los escritores de talento que obedecían á su naturaleza algunos especuladores acabaron por producirse, sobre todo cuando la hipocresía se declaró en nuestra sociedad cada vez más civilizada. Es la historia eterna: desde el momento en que las picardías demasiado sucias hicieron enrojecer, se escupieron y se traficó en ellas; hasta tomaron un acento tanto más vivo y perturbador cuanto más en secreto, con el goce del pecado, fueron leídas. Y se volvió á la grosería del siglo xv; se fué más lejos aún, se amontonaron las palabras crudas, las palabras que

sólo Rabelais se permitiera. Puesto que se ocultaba, puesto que el volumen no estaba destinado á la libre circulación, toda reserva se hacía inútil, y los autores se condujeron en el libro como se obra en una alcoba, con las cortinas corridas. En esta época fué cuando Bélgica se inundó y un vastísimo comercio de volúmenes puercos se estableció en el país vecino y en el nuestro. He ahí la infección, la verdadera y única literatura obscena que es necesario reprimir y condenar. Es aún más estúpida que peligrosa, porque nunca pervirtió á nadie; da náuseas á todo lector que goce de buena salud, no halaga más que la perversión enfermiza de los viciosos. En una sociedad, como la nuestra, muy refinada, de una hipocresía sabia y gobernada por conveniencias, me parece ser desgraciadamente una llaga incurable, como la misma prostitución.

Y no sólo es un libro infame aquel que el autor no puede ofrecer al comercio abiertamente y que se vende á escondidas. Después de éste hay el libro discreto, construido con prudencia para los escaparates de las librerías. La palabra cruda es en él evitada, el vicio conserva una gasa bajo la cual aparece más seductor. Es una excitación á todos los sueños voluptuosos, á las semiindiscreciones que dan la inmediata necesidad de conocer el resto, mentiras sobre el amor que turban los corazones y las cabezas. Estos libros, que se encuentran en todas partes, son en concepto mío mucho más peligrosos que los volúmenes declaradamente puercos, que se venden caros y no pueden adquirirse fácilmente; seducen, mientras que los

otros disgustan. Estamos invadidos de ellos: biografías de mujeres galantes, historias de amor con cubiertas rosadas y fotografía de gran escote, memorias escandalosas de muchachas saliendo del lecho de un príncipe, novelas hechas con polvo de arroz en que las mujeres se conducen como tumanas, idealizaciones continuas del desorden que le muestran provocativo, omnipotente en una apoteosis de lujo y de placer.

Una vez más lo digo: he ahí los verdaderos especuladores de la obscenidad moderna. Viven del vicio engalanado, negocian con la hipocresía de nuestra edad. Estén abajo ó arriba, hayan escrito las aventuras de Rigolboche ó los amores de una gran señora, basta que hayan mentido, que hayan velado la alcoba con una cortina rosa, que hayan cantado el vicio como idealistas en lugar de marcarle con un hierro candente como los naturalistas, para que su tarea esté envenenada y acabe en una inmoralidad final.

En el siglo XVIII, el cuento picaresco extiende su marco y llena volúmenes enteros. Al mismo tiempo deja un lugar á la observación y al análisis, va hacia la novela de costumbres, de malas costumbres, si se quiere.

*

**

No puedo estudiar esta evolución, que corresponde, como siempre, al movimiento social; me limito á señalarla. Sería necesario detenerse en

Crebillón hijo, en Laclós, en Louvet de Couvray y en otros muchos, y se vería que la literatura galante, obscena, como en la actualidad brutalmente se dice, tiene su raíz en la sociedad de la época, que procede de ella y la guía al propio tiempo. Los hermanos Goncourt, aunque desde un punto de vista distinto, han indicado este estudio en su obra tan original é interesante, *El amor en el siglo XVIII*. Muestran allí la vida del tiempo, las lentas modificaciones en los acontecimientos y en las ideas, toda esa materia social que determina una literatura. He aquí una página de aquel libro, que ruego se me deje tomar entera, porque es característica, y me permitirá hacer la luz sobre ese terrible marqués de Sade, del cual tanto se abusa en nuestra crítica contemporánea:

«¿A dónde, sin embargo—escriben los Goncourt,—debía conducir esa malicia en el amor, cuya desvergüenza, cuya profundidad, cuyos crecientes é insaciables apetitos á través del siglo hemos tratado de seguir? ¿Debió detenerse antes de haber dado como una medida espantosa de sus excesos y su extremidad? Hay una lógica inexorable que manda á las malas pasiones de la humanidad que vayan al fin de sí mismas y estallen en un horror final y absoluto. Esta lógica había asignado á la malicia voluptuosa del siglo XVIII su monstruoso coronamiento. Había habido en los espíritus una costumbre demasiado grande, la crueldad moral, para que esta crueldad permaneciera en la cabeza y no descendiera hasta los sentidos. Se había jugado demasiado con el sufrimiento del corazón de la mujer para no verse ten-

tado á hacerla sufrir más segura y más visiblemente. ¿Por qué, después de agotar las torturas de su alma, no habían de ensayarse en su cuerpo? ¿Por qué no se habían de buscar crudamente en su sangre los goces que daban sus lágrimas? Es esta una doctrina que nace, que se formula, doctrina hacia la cual va todo el siglo sin saberlo, y que no es en el fondo otra cosa que la materialización de los apetitos. ¿Y no es fatal que esta última palabra se dijera, que el eretismo de la ferocidad se afirmase como un principio, como una revelación, y que al final de esta decadencia refinada y galante, después de todos aquellos pasos hacia el suplicio de la mujer, un marqués de Sade viniese á poner, con la sangre de las guillotinas, el Terror en el Amor?»

He ahí una explicación histórica del papel del marqués de Sade. Aparece como una consecuencia fatal, hija de una larga evolución.

Pero esto no basta; para comprenderle, es necesario sentar que era un católico invertido, un hijo de la Iglesia exasperado contra su madre. En sus orgías, insulta á Dios con un desbordamiento de porquerías; y le insulta como un hombre cuyo ateísmo no es sólido; quiero decir que no tiene la indiferencia científica, que amontona rabiosamente las infamias para ahogar en sí la idea de Dios que no quiere morir. Cree, por otra parte, en el diablo, le teme seguramente de un modo horrible. Semejante cerebro debió ser con frecuencia visitado por la imagen del infierno. El infierno, y el infierno católico, es el que pinta en sus amores monstruosos, en los abominables suplicios con que

aguzaba la voluptuosidad. Hay ahí una imaginación diabólica, satánica, un goce en el dolor, una rebeldía en medio de los crímenes que caracteriza muy claramente la sombría locura de que pudo salir ese pintor de la bestia humana soltada en plena brama de la carne. Para mí, sale lógicamente del catolicismo, llega á la agonía del siglo XVIII después de las negaciones de los filósofos, y desempeña el papel de Satán triunfante, del viejo Satán de la Edad Media, monstruoso y lúbrico, degollando á las mujeres con la horca, aplastando á los niños con una caricia, predicando el incesto y el asesinato, soñando con la desorganización y el desmoronamiento final. El desorden de un reino ha preparado su venida, á la hora obscura en que, sobre los escombros de una realeza y una religión, las ciencias nuevas aun no habían reconstruido nada. De ahí ese fin de todo, esa orgía asesina que destruía el mundo, en la victoria decisiva de Satán contra Dios. Es, lo repito, el catolicismo vuelto del revés, Satán en lugar de Dios, el infierno en lugar del cielo, las calderas, las llamas, las llagas, la sangre, en lugar de la música de los serafines y la eternidad serena del bienaventurado. Sólo un creyente pudo imaginar tales horrores. Se ve allí la pesadilla de un loco de la fe que se pone á hacer sacrificios al diablo, con el furor sombrío y espantado de un fanático que cambia de altar, más bien por odio que por negación de su Dios.

Tal es, pues, el espíritu verdadero del marqués de Sade. La demencia religiosa se ha apoderado

de él, como entra en juego siempre que la sangre corre en el amor.

*
* *

Abrase la historia del mundo: se encontrarán, en las religiones, en los centenares de sectas que se han disputado los hombres, todas las aberraciones y todas las crueldades imaginables.

Cuando una creencia no diviniza la carne, la tortura; y las monstruosidades llegan en seguida, bajo el aguijón del sexo.

Actualmente hay en Francia un escritor cuyo ejemplo me da una prueba más de esto. Me refiero á Barbey d'Aurevilly.

No le acuso, es verdad, de ser una continuación del marqués de Sade; quiero limitarme á hacer una comparación con toda clase de reservas. Aunque, en suma, es el único que pueda ser comparado lógicamente con el marqués. Obedece al mismo espíritu. Es un creyente á quien la idea del diablo atormenta y que cede á veces á la rebelión del infierno. El mal, para él, es innato; y registra la carne, está muy cerca de saborear las delicias del dolor. Agréguese el aspecto satánico, extrañezas de ángel que la maldición atrae.

Se encuentran caracteres en todas las obras ultrarrománticas de Barbey d'Aurevilly. Pero señalo sobre todo su colección de novelas cortas *Las Diabólicas*, que el tribunal le rogó retirase de la circulación. Se siente allí la inmediata influencia del marqués de Sade, hasta el punto de que

ciertos párrafos parece le han sido tomados directamente: por ejemplo, la mujer á quien un marido engañado sella con el pomo de su puñal, valiéndose de la creta hirviendò.

Podría multiplicar los acercamientos, y allí cuando menos un encuentro singular. Lo cual viene, lo repito, de que la filosofía es la misma. En Barbey d'Aurevilly nos las habemos con un católico exasperado, que no parece aceptar á Dios sino por tener el placer de creer en Satán. Su título ya lo dice: *Las Diabólicas*, esto es, criaturas fatalmente malas, malditas, nacidas para la inmundicia y el crimen, poseídas y caídas en la monstruosidad. Aman en la sangre, refinan sus goces por la crueldad, desorganizan y triunfan del desmoronamiento de todo. Y tales son también las criaturas del marqués de Sade, diabólicas que llevan la revelación del mal y que se complacen en escupir sobre las leyes divinas y humanas. El marqués de Sade fué hasta el fin en su fe loca, aventurándose en toda la inmundicia, en toda la demencia de los apetitos, en una lengua de una crudeza innoble. Barbey d'Aurevilly no deja ver el monstruo más que á medias, como católico que sólo tiene caprichos permitidos por el diablo y como artista á quien el cuidado de una forma original absorbe.

Si resumimos esta corta exposición de la literatura picaresca, la vemos nacer en nuestro país

con los buenos cuentos de nuestros padres, afinarse en el siglo xvii, ensancharse en el xviii y convertirse en la expresión profunda y viva de la sociedad, para caer, en fin, en las suciedades de la especulación y conducir al lodo sangriento del marqués de Sade. La evolución debía necesariamente ofrecer esta consecuencia final, porque la historia de nuestra sociedad ha marchado paralelamente.

Veamos ahora si, como á diario se declara en la prensa, nuestras obras naturalistas de la época actual se unen á la literatura de la picardía y la inmundicia. Esto será juzgar de su moralidad.

III

En primer lugar, no somos picarescos, en el sentido amable y ligero de la palabra. Se nos acusa con razón de carecer de alegría y de ingenio, porque nuestros estudios son negros, austeros, demasiado profundos, para conservar aquella flor superficial que es el gran encanto del cuento, tal como lo entendían nuestros padres. Estos se detenían, en el adulterio, en la astucia de la mujer, en el gesto cómico del marido; y si el drama intervenía, cosa rara, era expeditivo, un simple hecho que desenlazaba. Nosotros, en el adulterio, vamos en seguida á lo trágico, tomando la aventura, no por el lado alegre, sino por el lado humano. Por otra parte, no nos atenemos al gesto, á la risa, á la epidermis; registramos á los personajes, llegamos en seguida á las miserias del hombre y de la mujer. Haciendo esto, el ingenio no es más que una campanilla que diera un sonido alegre, falso y miserable; el asunto se torna grave, el vaudeville pasa al drama; somos anatomistas que no pensamos poco ni mucho en el adorno. En una palabra, nuestra novela naturalista, cualquiera que fueren sus audacias, no podría ser grotesca; es cruda y terrible, si se quiere, pero no tiene ni la risa ni la fantasía galante de la picardía, que no es nunca otra cosa que un juego ingenioso.

más ó menos alegre y delicado con un asunto escabroso.

Es necesario, pues, dejar á un lado á Boccacio, Brantôme, La Fontaine y los otros. No procedemos de ellos. Es la suya una fórmula literaria que ningún parecido tiene con la nuestra.

Y, á este respecto, insisto sobre el escaso placer que nuestros libros producen á nuestros desordenados. Se lee á Brantôme con una sonrisa. Aquella serie de anécdotas, en las que sin cesar el gozo del sexo aparece sin un sufrimiento, está hecha para consuelo del vicio. El amor es allí fácil y poderoso, no se cogen más que las flores del placer, es aquello como un paraíso en que los amantes son despojados de su humanidad enferma y sucia.

Tómese, por el contrario, una novela naturalista, *La señora de Bovary ó Germinia Lacerteux*, y póngase en manos de los desordenados: los disgustará profundamente, los espantará, porque se encontrarán allí feos y estúpidos, con la miseria temblona de su dicha. Hasta ocurrirá tal vez que crean que aquello es mentira, rebeldes, no queriendo reconocerse, demasiado acostumbrados, en su galantería, á detenerse en la epidermis, para aceptar la sangre y el lodo que hay en el fondo. Nosotros no cosquilleamos, aterramos, y en eso está una parte de nuestra moralidad,

Me permitiré citar un ejemplo que me es personal.

Cuando publicaba *Naná* en un periódico, todo el París de los bulevares y el *demimonde* se desahacía en protestas.

Yo había podido engañarme en ciertos detalles técnicos, en un estudio tan complejo y tan atestado de hechos; pero las protestas iban más contra el espíritu del libro, contra las costumbres y los caracteres, en particular contra la pintura de ese desorden parisiense que bate nuestras aceras. Se gritaba que aquello no era de aquel modo, que aquel desorden era más alegre, más espiritual, menos propenso al drama de la carne. Cronistas y autores dramáticos de talento, que vivían en el mundo de las actrices y las prostitutas, juraban sonriendo que mi *Naná* no existía; y lamentaban evidentemente que no hubiera dibujado con ligero trazo uno de aquellos finos perfiles de Grévin, una de aquellas flores encantadoras del vicio convenido, que tienen solamente el asomo de elegancia canallesca á la moda.

Pues bien, hubo en esto un fenómeno cuya explicación es fácil.

He ahí unos hombres de talento que toman del vicio lo que les gusta; gozan el buen humor, con el lujo y el perfume de las prostitutas; cenan con ellas, se olvidan con ellas, pero aceptando solamente su lado agradable, en un encuentro ó en un convenio. Son flores que ponen en su vida. Hasta cuando una mujer les salpica con su lodo, cuando caen una noche en un sumidero por estupidez ó por locura personal, guardan silencio,

teniendo por temperamento el horror de lo que no es alegre y amable, prefiriendo verlo todo color de rosa, bajo una nube de polvos de arroz.

Compréndese, pues, el malestar de esos testigos, de esos actores de la vida parisiense, en cuanto se les pone en presencia, como ocurre en *Naná*, de un drama sin velos y que desciende hasta la infamia de los personajes.

Si no os atenéis á la superficie encantadora, si vais más allá del vestido para entrar en la piel, más allá del tocador para abrir públicamente la alcoba, los trastornaréis terriblemente, estropearéis su placer. Se enfadarán si os ven con las ramerías serias, graves, escalpelo en la mano, registrando el vientre de esas lindas personas, de las que no quieren conocer más que el raso.

Y tendrán razón al enfadarse, y obrarán de buena fe si os desmienten; porque, personalmente, siempre se negaron á ver la bestia en la criatura. Quisisteis demasiada verdad; por eso no comprenden y declaran falsa vuestra pintura.

Depende la cosa del punto de vista: si sois parisienses, en el sentido amable de la palabra, rozaréis los asuntos, los trataréis como hombres alegres, escépticos, paradójicos, tendréis una observación superficial aguzada por palabras, florecida por la moda, os detendréis en la pequeña comedia que se representa ante el público, con toda clase de reservas y convencionalismos; si por el contrario sois humanos, agotaréis los asuntos, los trataréis como sabios que quieren verlo todo y decirlo todo, desnudaréis vuestros personajes y los perseguiréis hasta en las miserias y las vergüenzas que se ocultan á sí mismos.

*
* *

He ahí por qué *Naná* fué declarada falsa por los viciosos parisienses, deseosos de atenerse á los trazos engañosos y provocativos de *La Vida Parisiense*.

Desde hace mucho tiempo, sé bien que nuestro principal crimen es ese, á los ojos de los idealistas. No embellecemos, no permitimos el ensueño con los asuntos sucios.

Comprendo sin trabajo que se nos reproche el que desolemos á la pobre humanidad, que necesitemos de la ceguera. Sólo que también fuera menester, por otra parte, no acusarnos de halagar el desorden, de provocar la picardía con nuestros cuadros, lo cual no es del todo lógico. Nada lleva menos á la picardía que nuestros libros: el hecho me parece indiscutible.

*
* *

Por consiguiente, no procedemos más de la novela licenciosa del siglo XVIII que del cuento picaresco de los siglos precedentes. Encontramos en esa novela la pintura acariciada é idealizada del vicio; hay ahí también una traducción del desorden, hecha para contentamiento del lector. El fin científico, la lección de verdad, no aparece nunca; cuando hay un desenlace moral, lo que

ocurre á menudo, este desenlace fué preparado de antemano; no se desprende de los hechos, no tiene la utilidad de una experiencia ensayada con elementos humano:

Nuestra novela es, pues, absolutamente original y no tiene nada de la novela del pasado; ó, al menos, desde los comienzos de este siglo, la antigua fórmula ha sido de tal manera modificada por el empleo de los métodos científicos, que resulta de ello una fórmula completamente nueva, que lleva consigo un arte y una moral. Esta moral, ha sido por mí definida, en mi estudio sobre la novela experimental, y no puedo por menos de repetir esta conclusión:

«Mostramos el mecanismo de lo útil y lo perjudicial, separamos el determinismo de los fenómenos humanos y sociales, para que un día puedan dominarse y dirigirse estos fenómenos. Trabajamos, en una palabra, con todo el siglo en la gran obra, que es la conquista de la materia, el poder del hombre decuplado.»

*

**

Pero un ejemplo hará comprender nuestro papel.

Vuelvo al marqués de Sade. En cuanto publicamos una novela, se nos echa á la cabeza ese nombre. Y esta es la «tarta de crema» de la crítica. Basta la injuria, se aplica á cualquier obra, sin estudiar su espíritu ni su fin.

No conozco nada tan inepto ni tan injusto.

Efectivamente, el marqués de Sade es un romántico exasperado, no tiene absolutamente nada del naturalista, del novelista experimental. Le he estudiado á grandes rasgos no hace mucho, y debe ser evidente para los espíritus lógicos que ese diabólico, ese católico invertido, es justamente todo lo contrario de nosotros los positivistas, analizadores de la verdad.

El parte del hecho extraordinario, casi sobrehumano; nosotros partimos de la marcha ordinaria de las cosas. El tiene tras sí el infierno, el diablo en lugar de Dios; detrás de nosotros está la ciencia.

Y aquí es donde la separación es decisiva. Ambas filosofías se completan y se excluyen. En él no hay más que un triunfo de la podredumbre humana; está en la monstruosidad por la monstruosidad; creyó en Dios, hoy cree en Satán, lo cual es lo mismo, y toda su obra es el chancro horrible de una fe extraviada.

Nosotros, cuando tocamos á la podredumbre, es únicamente por mostrarla y definirla; sometemos las monstruosidades á la experiencia, á fin de hacernos los amos; no somos obreros de la fe, sino los obreros del método; quiero decir que nos atenemos á los hechos probados, sin que nos embaracen los dogmas de una religión sobre el bien y el mal. Toda nuestra tarea consiste en ir de lo conocido á lo desconocido, y tenemos la certeza de que somos tanto más útiles cuanto más verdad hacemos.

En suma, si el espectáculo del desorden es una

cosa abominable, el estudio exacto de una pasión, aunque fuera llevado hasta la sangre, toma una elevada moralidad cuando ofrece las certidumbres de una experiencia y se convierte en un documento que habrán de tener en cuenta los criminalistas y los legisladores.

No hablo de la lengua infame del marqués de Sade, quien ha prodigado los pocos términos vergonzosos del diccionario, sin más intención que añadir á la lubricidad de los hechos la excitación sensual de la palabra misma. No es eso ni la erudición de un lingüista ni la fantasía de un artista; es el bramido de un hombre que se excita con palabras inmundas. Todo esto es morboso y del dominio de la patología. El caso de este hombre recuerda el de las poseídas, de las convulsionarias, que, en la locura de sus creencias, se entregaban al diablo é iban al sabbat, manchando las iglesias con orgías furiosas, poniéndose en cuatro patas ante los altares, holgándose como los animales.

La ninfomanía está en el fondo de la antigua superstición; un viento de terror arrebata á los creyentes y les hace caer de la fe en la magia. Al final hay el milagro, quiero decir lo monstruoso, lo sobrehumano, lo infernal.

Léase *La Bruja*, de Michelet, ese terrible cuadro de la locura religiosa de la Edad Media, y se

encontrará en él al marqués de Sade: la violación, el incesto, los amores bestiales y contra natura, una rabia de fornicación y de asesinato que se sacia á cada instante en la sangre y el lodo. Es la misma demencia, el mismo eretismo de la carne, bajo la conmoción de los dogmas católicos.

*
* *

En nuestra literatura, el marqués de Sade es la expresión directa del sabbat, del infierno tal como salía de las iglesias, aullando, saltando, ensuciándolo y rompiéndolo todo, en ciertos días de licencia popular.

Y aquí es donde vuelvo á encontrar á Barbey d'Aurevilly.

Tiene la misma concepción del mal que el marqués de Sade. En él, los personajes malos son poseídos que el diablo empuja á actos monstruosos y sobrehumanos. No va tan lejos como el marqués en el delirio sexual, pero dice lo bastante para que el resto se adivine.

El también es perseguido por el sabbat y sus abominaciones carnales. Se complace, con el espasmo, en el goce agudo de un católico que se expone á ser condenado. En el fondo experimenta ternuras por los hechiceros, tiene el dandismo de oler el tostado. Su fatuidad es hacer creer que pasa las noches con sus diabólicas, libre de confesarse de ello al siguiente día.

Ahora bien: ¿dónde está la moral en todo eso?

El señor Barbey d'Aurevilly la pone sin duda en el temor de Dios. No deduce y no sabría deducir.

Como no es un espíritu banal, no quiere desenlazar sus historias, como los novelistas inferiores, haciendo que intervenga la Providencia para castigar el crimen; ó al menos, cuando la hace intervenir, como por ejemplo en *El Cura casado*, es de una manera tan extraordinaria, tan milagrosa, que la lección parece sacada de un cuento de hadas.

Con él no se tiene, pues, más que una escapada al infierno, una pintura del mal acariciado con amor romántico, llevada á lo agudo y á lo extraordinario; en una palabra, marqués de Sade posible en la sociedad. Y esta pintura está hecha por el placer de la pintura misma, sin ningún cuidado de la verdad, hasta con el desdén de la verdad y la intención bien marcada de la exageración en el sentido de lo sobrenatural.

Tomemos un ejemplo.

El señor Barbey d'Aurevilly pinta una mujer pública. Esto le ha ocurrido; ha puesto particularmente una en *Las Diabólicas*; verdad es que esta mujer es una gran señora española que se ha hecho prostituta por vengarse del marido: una linda historia según se ve, y bien sencilla, y bien natural.

No importa; es una prostituta. El autor, no contento con haberla dado tal origen, por aborrecimiento de lo común, se complace en seguida en un cuadro extravagante. La coloca en el fondo de un tabuco, que amuebla de una manera maravillo-

sa; la presta sorprendentes ocurrencias, la quita, en una palabra, realidad, para ponerla en una pesadilla cruel y sangrienta.

He ahí un marqués de Sade bien caracterizado. Es un cuento abominable inventado por un escritor de una originalidad atormentadora y rara. Y con seguridad que ese cuento no lleva ni documento verídico ni lección moral, desde el momento en que se ha construido en el aire y en que quiere ser la expresión satánica del mal. Esto nos coloca en plena metafísica. Veo ahí, el autor diga lo que quiera, una preocupación enfermiza de lo inmundo por lo inmundo.

Ahora, he aquí un novelista naturalista que quiere estudiar á una prostituta.

Tomará esta prostituta en su generalidad, en su vulgaridad. La mostrará determinada por la herencia ó por el medio; si resbala al desorden, es que fué á él empujada por la embriaguez de los parientes y por las promiscuidades del arrabal.

Luego, el autor, siguiéndola paso á paso, analizándola en sus ropas, en su morada, en los hombres que se le acercan, mostrará su papel social, establecerá claramente de qué modo organiza y destruye.

Se ve, pues, que una elevada moral práctica se desprende de la obra. No es ya la pesadilla de un católico extraviado por la preocupación del diablo; es un sabio, un observador y un experimentador que da y clasifica documentos humanos.

He ahí una prostituta, he ahí cómo crece y cómo funciona en seguida, he ahí hechos establecidos por la observación y la experiencia; en lo su-

cesivo, puesto que la experiencia nos hace dueños de los hechos, á nosotros nos toca impedir que se produzcan; saneemos los arrabales, suprimamos científicamente las prostitutas. Y aún cuando la obra no llevase esta conclusión práctica, tendría siempre la utilidad de una información exacta, de una verdad humana puesta en pie, indestructible.

¿He logrado esta vez hacerme comprender? ¿Está claro para todo el mundo que, cuando la crítica, con su bella inteligencia, nos recuerda al marqués de Sade, no sabe absolutamente lo que dice?

Nuestra concepción científica de la naturaleza es diametralmente opuesta á su concepción católica. El marqués de Sade es un idealista terrible, que triunfa en lo sobrenatural y en lo irracional. De manera que sus hijos directos son actualmente nuestros adversarios, los que nos acusan de trabajar en la inmundicia, porque trabajamos en la verdad. Declaran la verdad banal y sucia, cuando toda la moral está en ella, en ella sola. Creen ser tanto más nobles cuanto más se pierden en las mentiras de la imaginación; y llegan al brinco final, saltan en plena demencia, caen en pleno marqués de Sade, en ese último desmoronamiento de la razón, en el cual la bestia humana se revuelca bajo la opresión espantada y voluptuosa del diablo.

Llámenos positivistas, materialistas, ateos; es esa una disputa filosófica, y la aceptamos.

Los católicos y aun los simples deístas, sean románticos ó doctrinarios, tienen la pretensión

de ser los únicos grandes, los únicos virtuosos, los únicos caritativos, porque dejan desconocido al hombre.

Nosotros creemos que todos los males vienen de lo desconocido, y que la única tarea honrosa es disminuir este desconocido, cada cual en la medida de su fuerza.

No puedo aquí tratar de esas elevadas cuestiones; toda mentira lleva el mal consigo, aun cuando esa mentira tenga una apariencia de grandeza.

Pero cuando los argumentos de nuestros adversarios se hacen odiosos es cuando nos acusan de obscenidad y de especulación vergonzosa.

He dicho ya que no procedemos ni del cuento picaresco ni de la novela licenciosa; he demostrado que los hijos directos del marqués de Sade, lejos de encontrarse entre nosotros, están por el contrario entre los románticos impenitentes y exasperados. La literatura obscena, es decir, la literatura de imaginación libertina, que inventa asquerosidades por gusto y sin ningún fin de información exacta, no puede crecer más que en la cabeza de un novelista espiritualista. Nuestros análisis no pueden ser obscenos, desde el momento en que son científicos y constituyen un documento. He ahí lo que es menester repetir á cada instante, lo que se ha de probar siempre para que cada cual, en nuestras cartas modernas, tome al fin su verdadero puesto al sol.

IV

Se acusa á los novelistas naturalistas de especular con el vicio.

Lindísima sería su tarea, y fuera la suya una campaña divertida, si ellos acusasen á sus adversarios de especular con la virtud. Tartufo tiene toda una descendencia que llena los periódicos, los libros, los teatros.

Lo que se ha de establecer en primer término es que, en suma, la especulación con el vicio no lleva lejos; y hablo aquí de la especulación real, de la que se refugia en Bélgica y es practicada á escondidas.

Los infelices obligados á buscar su pan en tan vergonzoso tráfico son todos gente pobre; no se me citaría uno que haya realizado ni una mediana fortuna. Por otra parte, si se quiere someter al equívoco y manchar á los verdaderos artistas, insinuando que estudian al hombre hasta en sus vergüenzas, para excitar al lector y vender mucho, se apoya únicamente esta calumnia en ciertos éxitos raros y excepcionales, debidos á causas diversas, sin tener en cuenta el fracaso casi general de las obras de verdad y de audacia. Se citará, sí, la venta enorme de *La señora de Bovary*, y se dirá que esta venta fué sencillamente determinada por el episodio del fiacre. Pero se pasarán en silencio las largas vacilaciones, diría casi las lar-

gas repulsiones del público por las novelas de Stendhal y de Balzac; esos escritores no ganaron nada mientras vivieron, analizando atrevidamente la realidad.

¿Y los hermanos Goncourt, de cuya *Germinia Lacerteux* no se vendieron al pronto dos ediciones sino al cabo de diez años? ¿Se dirá que éstos habían querido ganar dinero contando los amores exactos de una criada? En todo caso, muy mal cálculo habrían hecho; porque, mientras sus libros ásperos y fuertes quedaban en el almacén, las engañosas historias de Octavio Feuillet, esas historias rodeadas de las virtudes convenientes y á la moda, se elevaban por lo común á treinta mil ejemplares, en medio de un prurito sentimental é hipócritamente sensual.

*
* *

Quiero llegar á lo siguiente:

La especulación con la virtud es mucho más productiva que la especulación con el vicio.

Según he dicho ya, nuestras obras son demasiado negras, demasiado crueles, sobre todo para cosquillar al público en buen sitio y procurarle placer. Rebelan, no seducen. Si algunas llegan á una larga venta, la mayor parte dejan á la multitud inquieta é indignada. Así, pues, los principiantes que, por cálculo, se lanzaran en la pintura de la infamia humana, pronto sufrirían terribles desengaños. Comprenderían en primer término

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1923 MONTERREY, MEXICO

que la sinceridad es necesaria; es necesario amar la verdad y tener mucho talento para atreverse á intentar la pintura desnuda, sin caer en lo inno- ble y lo odioso. Notarían en seguida que una hi- pocresía real lleva más directamente á la fortuna que una brutalidad afectada. La hipocresía es ala- bada, bien pagada, mientras que la brutalidad tie- ne en su contra la masa enorme de gentes á quie- nes contraría la franqueza. Si esta brutalidad, si esta audacia de decirlo todo no está en el tem- peramento mismo del escritor, esto se ve en bre- ve, la especulación se hace evidente y el escritor especulador cae casi en seguida en un justo des- precio.

Quiero decir, en suma, que la especulación de la mentira no presenta ningún peligro, por ha- llarse la multitud siempre dispuesta á aprobar y enternecerse; cuando la especulación de la verdad, por el contrario, es un despeñadero en el cual un autor banal acaba por romperse los huesos.

He ahí por qué, si ningún temperamento los empuja, hacen bien en trabajar en la virtud antes que en el vicio.

Quiero insistir sobre la necesidad absoluta de talento cuando se ataca á las terribles realidades humanas.

Esto es tanto más evidente cuanto que los espí- ritus sólidos son los únicos que se atreven á mirar estas realidades de frente, y tienen bastante poder para analizarlas y sostenerlas.

El don de la vida destruye todas las barreras de las convenciones y de las conveniencias, de ma- nera que cuanto más creador sea un escritor,

más sin engaño nos dará la humanidad, pintándo- la tal cual es.

Se mide el genio por las verdades que dice acer- ca del hombre y la naturaleza. De ahí, lo repito, el peligro que hay en querer desempeñar, con el simple objeto del tráfico, el papel de analista, atormentado por la necesidad de la verdad; porque una convicción sincera y una gran intensidad de arte son las únicas que pueden salvar del disgusto público las pinturas de nuestras enfermedades y de nuestras bajezas, dándolas vida.

Por el contrario, todo es dulzura y provecho en el oficio de escritor hipócrita. Un gran talento es inútil; perjudicaría. Se logra mucho con un talen- to mediano, flexible, elástico sin esfuerzo. Y hasta se obtienen muy bellos triunfos sin poseer el me- nor talento.

*

* *

Recapacítense que la multitud no pide más que ser engañada; jamás resiste á un autor que la engañe; le acepta en seguida feliz con sus con- suelos y sus halagos. Puede mentir durante medio siglo; no se enfadará nunca por tal causa, y en- contrará el brebaje cada vez más delicioso.

De esta multitud, más de la mitad de las perso- nas saben que el autor miente; no importa, sonrío con aire inteligente. ¿A qué promover la cues- tión? ¿No va todo bien? ¿Para qué se ha de lanzar la queja?

No estamos en el caso precedente cuando el público se encuentra ante un escritor amante de la verdad y se alza contra documentos desagradables.

Aquí, los autores son de miel y los lectores no pueden hacer más que tragárselos, cerrando beatamente los ojos. Se les dice que las mujeres son bellas, que los hombres son buenos, que la tierra es un lugar de aventuras extraordinariamente divertidas y de amores siempre felices. Aquello es encantador, á todo el mundo conmueve. Luego no hay lucha; los autores que trabajan en esta virtud ideal están seguros de no encontrar ninguna oposición. No se les registra, pueden hacer entrar de contrabando las cosas más sospechosas. El talento es, pues, inútil, puesto que todo pasa, puesto que los lectores están adquiridos de antemano. Las señoras sonríen; un murmullo halagador se eleva al paso del novelista virtuoso. Aclamado por los salones, su primer obra, cualquiera que sea, le coloca en el rango de los escritores «simpáticos». Se le premia en la Academia, en la que se le abren sus puertas de par en par. Es recompensado, condecorado, incensado, y es lo suyo el triunfo de lo mediano, en la apoteosis de la estupidez universal.

Reflexionad, pues, jóvenes; y si os sentís medianos, no hagáis caso de la prensa que pretende se hace fortuna rápidamente con el naturalismo, lo que, para la prensa, quiere decir en lo inmundo. Se os engaña, jóvenes. Oídme: si no tenéis ningún talento, no vengáis á nosotros, ¡por amor de Dios! Id á los virtuosos, á esos caballeros del

ideal que han puesto en auge la hipocresía humana. Todo es ahí placer y facilidad. En quince lecciones, cualquier maestro del género os enseñará el arte del personaje simpático; y ganaréis mucho, y seréis honrados, y podréis permitir os el capricho de enlodarnos cuando pasemos. Cuan- to á aquellos de éstos que tengan talento, no necesitan de nuestros consejos. Me limito á compadecerles, porque serán difamados y degollados.

Veamos ahora más de cerca esta especulación con la virtud, de la cual se abusa en nuestra literatura.

Se basa en el personaje simpático. Se os dirá que no hay ahí libro, sobre todo pieza posible, sin personajes simpáticos.

El personaje simpático representa la idea que la hipocresía de un público más ó menos consciente se forma de la humana criatura.

Así una joven simpática es una esencia de pudor y de belleza.

Véanse las heroínas de nuestros dramas y nuestras novelas: ni una sola viva, ni una sola se conduce razonablemente, como buena y sencilla criatura. No son sino abnegaciones sublimes, ignorancias ridículas, estupideces enfáticas y voluntarias. Nuestra joven francesa, cuya educación é instrucción son deplorables, y que flota del ángel á la bestia, es un producto directo de esa literatura imbécil, en que una virgen es tanto más notable cuanto más se acerca á una muñeca mecánica bien montada.

Instrúyase á nuestras jóvenes, fórmense para nosotros y para la vida que hayan de llevar, pón-

gaselas lo antes posible en las realidades de la existencia; la tarea será entonces excelente.

Ahora bien; lo propio sucede con todos los personajes simpáticos; siempre mienten. El hijo tendrá honra por el padre, si éste se ha permitido algunos pecadillos; no una honra sensata y lógica, sino una de esas honras de teatro que hacen las delicias del paraíso. El padre será noble y soberbio, una abstracción de todas las virtudes. La amante abrigará la pureza más implacable, junto a la más tierna pasión; mientras que el amante, exento de los bajos cuidados de este mundo, despreciará el dinero, tendrá buenos sentimientos, vivirá en ese heroísmo romántico que es la negación de la vida.

He ahí, pues, las muñecas fabricadas para distracción de las almas sensibles, y con las cuales es fácil a cualquiera obtener un éxito.

¡Cuántas especulaciones, si examinamos las obras hechas con personajes simpáticos!

*

**

Ahí está el enorme montón de novelas pretendidas honestas: parrafadas sentimentales, pinturas del bello mundo, quintaesencia de la moda y del buen tono, refinamiento de la religión amable, costumbres extranjeras en que pasan italianas color claro de luna y rusas blancas como la nieve, todas las tonterías de las cabezas huecas, todas las mentiras en que se mecen los cerebros

ociosos y extraviados, todos los desórdenes tolerados de la imaginación.

Pero donde la especulación se hace brutal é irritante, en mi concepto, es en el teatro.

Se trafica allí con los buenos sentimientos del público con un aplomo impúdico. Un drama es mediano, los espectadores bostezan y la obra va á caer. Pero el autor, que es un malicioso, ha sembrado hábilmente la pieza de párrafos virtuosos; en todas las escenas hay declaraciones sobre el honor, sobre la virtud, y cada declamación es forzosamente acogida por tempestades de bravos. El entusiasmo no conoce límites cuando el párrafo es patriótico; entonces todos se entusiasman, y el autor es declarado no sólo un gran hombre, sino también un hombre honrado.

Desde nuestros desastres de 1870, ¡cuántos de esos dramas sin talento vimos aplaudir, obtener una apariencia de éxito, gracias á la especulación con el calvinismo de las multitudes!

Es una vergüenza literaria, es faltar á la simple probidad eso de engañar así al mundo, plantando al final de cada hemistiquio banderas tricolores. Los autores de estas obras bastardas aullan: ¡Viva Francia! al oído de los espectadores, y aprovechan el sacudimiento nervioso para robarles aplausos, como un ladrón empuja á un transeunte en una acera para robarle el reloj.

*

**

Examinemos ahora la moral de estas mentiras. Se dirá: «Sí, hay una especulación con la vir-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE TAMPICO
BIBLIOTECA
MONTERRREY, NER.

tud, como la hay con el vicio. Sólo que las gentes que negocian públicamente con el bien llevan á cabo una tarea loable, puesto que no dan sino buenas lecciones».

Que es lo que yo niego en absoluto.

No puedo aquí tratar la cuestión á fondo y repetir lo que he dicho á menudo en otros estudios míos. Pero diré una vez más que la mentira, por noble que sea, tiene siempre desastrosas consecuencias.

Si se pudiera abrir el cráneo de un hombre alimentado con estas novelas y estos dramas engañosos, en el cual no repercutiesen más que notas sonoras, y que son lo contrario de nuestra existencia cotidiana, se comprobaría la existencia en él de lo vacío, de lo vago, de lo obscuro.

Semejantes lecturas y semejantes espectáculos estimulan los desórdenes solitarios, las reservas jesuíticas, los compromisos y los rodeos del corazón. Walter Scott ha hecho más muchachas culpables y más mujeres adúlteras que Balzac. Jorge Sand creó toda una generación de soñadoras y razonadoras insoportables. En una mujer que toma un amante, hay siempre en el fondo la lectura de una novela idealista, sea *Indiana* ó bien *La novela de un joven pobre*.

Nada turba tanto como esas páginas, que llevan al lector al pensamiento de las grandes pasiones, y en las que, cualquiera que sea el desenlace, la falta se convierte en la única dicha deseable en la tierra, gracias al cuadro engañoso y seductor que el novelista hace del amor. No hay allí más que torrecillas aumbradas por la luna, paseos

bajo las alamedas mientras canta el ruiseñor, largos juramentos y besos que aseguran una eternidad de goces. Los personajes no comen, no envejecen, no tienen ninguna de las enfermedades de la naturaleza; lo que convierte esos libros, con su moral caprichosa, sus tolerancias poéticas, en una tierra superior que disgusta de la nuestra y hace que se desprecien nuestras realidades, el hogar, el trajín cotidiano, las necesidades del cuerpo, todo lo que al suelo nos tiene unidos. El desequilibrio cerebral y la perversión sensual son el fin de todo esto.

Por el contrario, tómese una novela naturalista, y continuamente se estarán sacando de ella lecciones de cosas reales. Los ensueños peligrosos no están ya permitidos: he ahí el mal en su horror; he ahí la falta en las suciedades y los tormentos de sus consecuencias; he ahí cómo se ama; y siempre sale la conclusión de que la virtud y la dicha están en la lógica, en la aceptación de lo real, en el justo equilibrio del hombre con la naturaleza que le rodea.

Y lo propio puede decirse del patriotismo, del cual hace poco hablaba: el verdadero patriotismo no está en esa locura heroica que da su vida, bajo la conmoción nerviosa de una gran excitación cerebral; está en la razón y en el conocimiento exacto de las necesidades de la patria, en el estudio y la aplicación de las ciencias que la salvarían. A esta hora sobre todo, desconfío de los dramas con párrafos que cosquillean nuestro orgullo durante una velada y que se han olvidado al entrar en casa de nuevo; y preferiría muchas escuelas

en que se enseñase á vencer por los medios nuevos que los recientes descubrimientos puedan presentar.

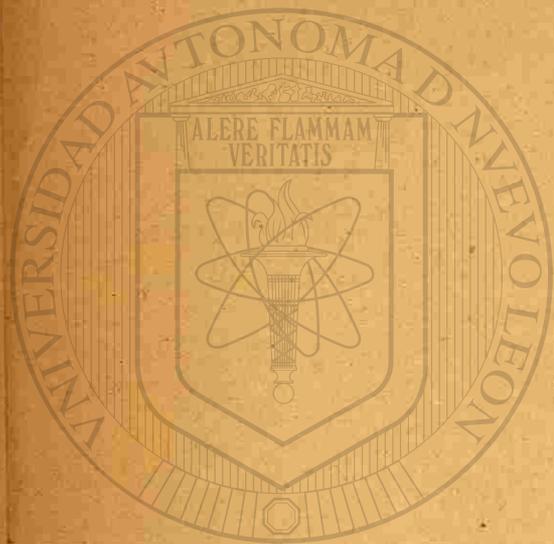
En todo, la observación y la experimentación deben reemplazar al empirismo, á la demencia lírica, al salto en lo desconocido.

Ninguna moral práctica podría basarse en obras de imaginación, mientras que las obras verdad llevan ciertamente consigo una lección cierta y provechosa.

Tengo que concluir. Y será la mía una conclusión enteramente literaria.

Por encima de las especulaciones con el vicio y las especulaciones con la virtud, hay los verdaderos escritores, los que obedecen á un temperamento y no se preocupan ni aún de ser viciosos ó virtuosos. Estudian el hombre y la naturaleza en toda libertad. Solamente un tormento les ocupa: vivir en los siglos; y he aquí por qué no se cuidan de la moda y están llenos de desprecio ante las conveniencias y las convenciones sociales. Así, pues, resulta imbécil ver, en sus atrevimientos de lenguaje y de análisis, una explotación premeditada de las curiosidades sucias de la multitud. Que la multitud trate de satisfacer su afán de inmundicia en sus obras, pasatiempo innoble es que sólo mancha á la multitud; hay muchas gentes que hojean los libros de Rabelais únicamente por encontrar las palabras puercas. Un verdadero escritor, un gran novelista como Balzac, hizo su obra á semejanza de la humanidad, tan elevada y tan verdadera como debe ser, aún en sus aspectos atroces. La lección está en la exactitud de

los documentos. Los impotentes y los hipócritas pueden insultar al libro y al autor, cubrirles de lodo, renegar de ellos. El monumento no deja por eso de elevarse piedra á piedra; y un día llega en que, ante la soberbia masa, la posteridad, que comprende al fin su magnitud lógica, se inclina de admiración.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA DEMOCRACIA



I

Repasando uno de estos días las *Memorias de ultratumba*, de M. Chateaubriand, mis ojos se han detenido en las siguientes frases:

«Europa corre á la democracia... Desde David hasta nuestro tiempo, los reyes fueron llamados; las naciones parecen serlo á su vez... Abundan los síntomas de la transformación social. En vano se hacen esfuerzos para constituir un partido para el gobierno de uno solo: los principios de este gobierno se encuentran... Después de todo, será menester renunciar á él. ¿Qué son tres, cuatro, veinte años en la vida de un pueblo? La antigua sociedad perece con la política de que saliera... La era de los pueblos ha llegado».

He ahí lo que escribía, hace próximamente medio siglo, el despabilado paladín de la monarquía. Estaba noblemente envuelto en la fidelidad de su rey, y dejaba oír ese grito de absoluta des-

esperanza ante la nueva sociedad, que irresistiblemente subía como los mares. Hoy, el movimiento ha continuado, se ha acentuado aún, barre á estas horas los últimos escombros del viejo mundo.

Pues bien, el siglo entero está ahí, en esa evolución social. Es el advenimiento de la democracia el que renueva nuestra política, nuestra literatura, nuestras costumbres, nuestras ideas. Compruebo un hecho, nada más. Y añado que el que quiera interceptar el camino á ese hecho será arrastrado por él.

Comprendo, por otro lado, todos los pesares. Un viejo edificio, de una majestad secular, no cruje sin llenar los corazones religiosos de cólera y de dolor. Los monarquistas ponen su esperanza en una restauración que creen posible; nada más respetable. Hasta admito que esta restauración tendrá lugar mañana. Un rey reinará diez, veinte, treinta años. Y luego, ¿qué? Como dice Chateaubriand, en ese grito de melancolía suprema: «Después de todo, será necesario renunciar á la cosa». Un nuevo reflujo ahogará el trono, y la democracia se dejará ver nuevamente, más amplia y más profunda».

*

* *

¿A qué enfadarse? ¿A qué romperse los puños contra una fuerza?

La fuerza pasa, siempre debe pasar. Aun cuando mañana tuviésemos un rey, su primer cuidado sería formar parte de la democracia, porque la

realiza no es ya posible si no le da la mitad del trono.

Por otra parte, no prejuzgo la forma de gobierno; todos los ensayos pueden tentarse; hasta al cabo de cien años, nuestras catástrofes políticas, vienen de los tanteos para regular el funcionamiento normal de las nuevas sociedades. De ahí nuestro malestar, nuestras disputas, el desorden á que asistimos, y que á veces, en el desaliento de la hora actual, nos hace olvidar el gran trabajo del siglo.

Ni siquiera estoy hablando como republicano, hablo como hombre.

¿Por qué no tener fe en la vida, en la humanidad? Un trabajo sordo la sacude y la impulsa. Pues bien, ese trabajo no puede ser más que un ensanchamiento del ser, una toma de posesión más vasta del mundo.

No hay ninguna razón para creer en el mal final; por el contrario, cuando la suma de esfuerzos se ha hecho, se comprueba siempre en la historia un paso más hacia adelante, á pesar de los errores de la marcha. Avancemos, pues, pongamos nuestra certidumbre en el porvenir. A pesar de todo, el mañana tendrá razón.

Tal es la creencia inquebrantable que quisiera ver en todo hombre político, por encima de la abominable conveniencia de los partidos. La miseria comienza cuando se descende á la medianía y á la tunantería de los ambiciosos que son la vergüenza de su época. Se es entonces presa de gran indignación, se pelea contra esos hombrecillos por poca precaución que se tenga de la verdad; y tal

vez se obrara mejor guardando silencio, esperando el total de los resultados, porque todo entra en el trabajo de la vida, hasta los elementos sucios y destructores. Así como la muerte es necesaria á la existencia, los hombrecillos fueron hechos sin duda para llenar las fosas, en las cuales caen de nuevo en el vacío, mientras que el siglo pasa.

La política no es hoy más que eso. Si la hora parece turbia aún, los hechos se indican con más precisión cada vez, y lo que todo el mundo oye es el zumbido de la democracia, que sube sin cesar. Es el porvenir, nadie es capaz de dudarlo. Así, pues, es necesario aceptarla, se ha de creer en ella, dejando que las pasiones de unos la nieguen y que las ambiciones de los otros se la metan en el bolsillo. No tiene ella la culpa de que imbéciles y tunantes especulen con ella. Y sobre todo, es menester no temblar al ella acercarse, cualquiera que sea la tempestad que nos la traiga. El mundo se hizo en medio de los cataclismos. Cuando se haya concluido, la obra será buena.

*
* *

Pero dejo la política que en suma no es mi dominio, y donde guerreo solamente porque en ella abundan todos los desórdenes humanos, y paso á la literatura.

En las letras, la evolución democrática se cumple con tanto poder como en la política.

Después de la insurrección romántica, que lim-

pió el terreno, vino el movimiento naturalista, para asentarse en el nuevo orden. Toda sociedad aporta su literatura, y hace mucho tiempo que los críticos anuncian la transformación del espíritu literario. Sainte-Beuve, presa de inquietud ante esa ola creciente, había retrocedido á las edades clásicas, después de poner vanamente su esperanza en el romanticismo. A pesar de su amplia comprensión, sentíase desbordado en sus costumbres y sus gustos, decía que una edad acababa y que había llegado la hora en que los escritores de la vieja Francia debían irse.

Este sentimiento de terror, estas ganas de acabar, los he encontrado en todos mis mayores, y en los más ilustres. Es la actitud inquieta y desesperada de los realistas en política, ante la nación trastornada, derrumbando las construcciones antiguas; y lo singular es que los escritores que tiemblan ante la democracia en literatura son en ocasiones los que más trabajaron en su advenimiento. Pero son los hijos de otra edad, todo les hiere en la nuestra.

La prensa, con su estrépito ensordecedor, su tarea tan turbia, los arroja fuera de sí mismos. Permanecen en la torre de marfil de Vigny, donde han guardado el pontificado del poeta, rimando á ratos, llenos de cólera ante la idea de vender sus obras. En nuestra producción literaria, confusa y tardía, hecha una profesión, ven el próximo fin de la literatura, el derrumbamiento definitivo de esas obras grandes y bellas.

Trato de pintar aquí exactamente un estado de espíritu muy característico. Fáltales tierra, pare-

ce que el mundo haya acabado. A lo lejos, el zumbido de la democracia que avanza, paréceles á ellos el clamor de los bárbaros, acudiendo á matar las inteligencias y á implantar en los pueblos el nivel igualitario de una medianía universal. Y este espanto, está ideado de que la democracia es la enemiga de las artes y de las letras, les da el odio de su tiempo, de las ideas nuevas, de las modernas invenciones, de esa vasta corriente positivista, cuya influencia en nuestra literatura contemporánea es cada vez más marcada.

Háblese de la época á los escritores que tienen hoy de cincuenta á sesenta años.

Algunos se lanzarán tal vez á efusiones líricas sobre la democracia, á la cual el romanticismo, en las últimas, ha puesto el justillo de Hernani. Pero los otros, los que no pertenecen al carnaval humanitario, elevarán los brazos al cielo, ante la abominación del país de las letras.

El antiguo espíritu, ese lindo espíritu de los jardines académicos, todo de erudición amable y de retórica maliciosa, agoniza en la actualidad, para dejar su sitio á otro espíritu, de una claridad brutal, todo documentos, que reemplaza la recreación literaria de otros tiempos por las experiencias del sabio, que acepta al fin el oficio de escritor, le practica y vive de la pluma, como el médico vive de su lanceta.

Este aspecto positivo de las letras es el que indigna á nuestros mayores y les hace predecir el fin de la literatura francesa, ahogada en el utilitarismo y en la tarea igualitaria de la democracia.

Entre nuestros contemporáneos, conozco otro grupo de escritores que, sin lamentarse, permanecen escépticos y despreciativos ante el movimiento democrático.

Estos tienen mi edad. Son melodistas de la inteligencia, que ponen una especie de aristocracia en comprenderlo todo y no apasionarse por nada. Discuten acerca del arte de peinarse sin peine, se dan como hombres de ingenio y llevan la sutilidad hasta coger las cosas por la cola, con tal de no parecerse á los otros hombres. Pero, sobre todo, tienen la pretensión de estar siempre á un lado, con el desdén de la multitud; sé de algunos que afectan escribir para un solo lector, algún compañero eminente, diciendo que se burlan de la opinión del resto de los mortales. La verdad es que, en el fondo, no van con su siglo, porque no tienen la pasión de él.

Y, sinceramente, esos jóvenes de la literatura me entristecen más, con su música de salón, que los románticos maestros mayores con sus lamentaciones á toda orquesta. Se comprenden los pesares por el pasado, en presencia del porvenir; pero ¿qué decir de esos hijos de la hora actual que encuentran espiritual y distinguido abandonar la tarea para entregarse aparte á esos juegos inocentes? La democracia asciende, y ponen barquichuelos de papel en cubetas de agua, so pretexto de que no están calzados con la finura suficiente para ir á mojarse fuera.

II

Pues bien, en literatura como en política, creo que es necesario no tener miedo ante los tiempos nuevos. Una literatura no muere sino con una lengua. Mañana aportará su obra, y tanto más amplia, lo espero, cuanto más parece agrandarse el hueco en el siglo xx. Es imposible que asistiáramos á una agonía, después de la prodigiosa actividad intelectual que marca nuestro tiempo; es seguramente un nacimiento, el comienzo de un gran período histórico.

¿Qué siglo va á nacer? No puede decirse. Pero ¿por qué no tener confianza y no esperarle con la serenidad de la fe?

Sin duda que nuestra época literaria está singularmente turbada. Desde el desmoronamiento del tiempo clásico, hemos vivido en la anarquía de los estilos; la catedral gótica se derrumbó luego, como aquellas ruinas ficticias que una gota de lluvia convierte en barro en los jardines burgueses; y desde entonces ha reinado la confusión de las fantasías personales, mientras que, lentamente, la fórmula naturalista se completaba y se imponía. Sólo nuestros hijos podrán mostrarla clara y establecerla, pues nosotros estamos aún demasiado acalorados á causa de la lucha para tener la calma necesaria. De ahí vienen todas nuestras lamentables exageraciones, nuestra lengua toda-

vía empenachada, nuestra observación demasiado especialmente vuelta hacia ciertos asuntos. Toda revolución comienza así, por violencias enfadosas. Es necesario esperar á que el nuevo Estado se funde.

*
* *

Es como el estrépito vacío de la prensa, esa ola de baja literatura que llena la inteligencia pública y desespera á los verdaderos escritores.

Verdad es que no es la cosa muy propia y que hay ahí un resultado democrático que inquieta. Sólo que, como en toda evolución humana, se debe hacer un apartado de las miserias y las vergüenzas.

Por otra parte, la prensa lleva á cabo una labor útil; es la vanguardia de la democracia, difunde la lectura y ensancha nuestro público.

Sé que precisamente de ese público demasiado grande se quejan los antiguos hombres ilustrados y los refinados de la joven generación.

Pero ¿por qué hemos de temblar ante una clientela hecha de toda la nación? Ahí está la verdadera democracia en literatura: hablar de todo y hablar de todos, dar derecho de ciudadanía en las letras á todas las clases y dirigirse á todos los ciudadanos. Si nuestro público se hace inmenso, deber nuestro es tener la voz bastante poderosa para que llegue á los cuatro extremos del país.

Y lo propio ocurre con el mercantilismo que se reprocha á las letras modernas.

He dicho en otra parte que el dinero nos hace dignos porque nos hace libres. Somos comerciantes, es verdad; no lloriqueamos como aquel escritor de Chatterton, cuando nos vemos obligados á vender nuestros libros; y nuestros libros son justamente nuestros desde que los vendemos. Hemos conquistado el derecho de decirlo todo en ellos viviendo de nuestro trabajo, como los otros productores de la nación.

Dejad correr las aguas cenagosas que todo diluvio vierte sobre la tierra y contad con el cielo azul.

Sin duda que está obscuro el porvenir, que nadie puede aspirar á fijarle. Se explican las horas de desesperación en tiempos tan turbados como los nuestros. ¡Cuántas veces los más firmes, perdiendo la tierra de vista, abandonándose en medio de la tempestad, blasfeman contra sus creencias! Y he aquí por qué es necesario dar la ciencia por base á todas las manifestaciones de la humana actividad. La ciencia es la única certeza. Ponedla en la política y en la literatura, si tenéis necesidad de creer. En seguida os sentiréis fuertes. Estaréis de pie sobre una roca que no se moverá.

Si, la ciencia regulará la democracia misma. Esta democracia no es aún más que una palabra, un monstruo horrible para unos, una vaca de leche para otros. No trato por mi parte de definirla, de saber lo que nos trae de bueno y de malo,

porque me basta que llegue por la ciencia y que la ciencia deba un día determinarla.

La ciencia enterrará las locuras humanitarias, las concepciones delirantes de los hambrientos y los ambiciosos, para establecer el nuevo orden social sobre las verdades naturales.

¿Por qué, pues, nos hemos de inquietar por lo que vendrá, puesto que habrá solamente en ello un producto lógico del trabajo del mundo?

Ello no podrá ser, lo repito, más que un ensanchamiento de la vida.

*
* *

Se nos reprocha no creer.

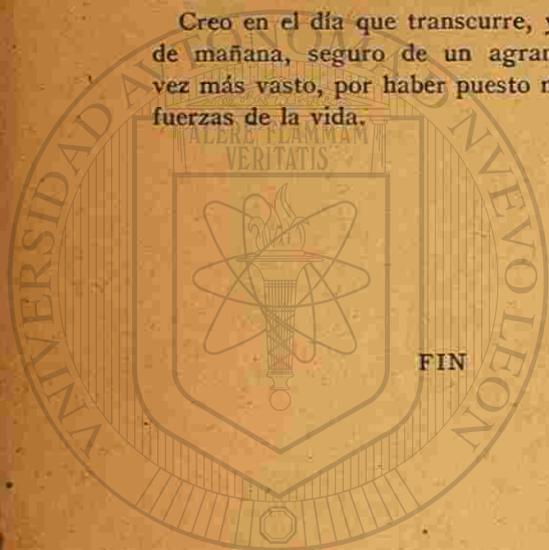
Quisiera ponerme en pie y hacer en voz muy alta mi acto de fe.

Creo en mi siglo con toda mi moderna ternura. Sólo los creyentes son fuertes. Todo aquel, en política como en literatura, que no crea en su tiempo, caerá en el error y la impotencia. He visto á mis mayores esterilizarse en medio de sus pesares; veré ciertamente resbalar al vacío á aquellos de mis contemporáneos que ensarten perlas aparte, por una distinción de escepticismo.

Creo en la ciencia, porque es la herramienta del siglo, porque lleva en sí la única fórmula sólida de la política y de la literatura de mañana. Ella fué quien abrió la revolución, y ella será quien la cierre. Solamente en ella hay salvación para la humanidad. Ensanchará nuestro dominio

sin rechazar nada de él, precisando nuestras facultades y estableciendo la lógica de nuestras relaciones.

Creo en el día que transcurre, y creo en el día de mañana, seguro de un agrandamiento cada vez más vasto, por haber puesto mi pasión en las fuerzas de la vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 ALFONSO VALDES
 APDO. TELEFONOS MEXICO

BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS

OBRAS PUBLICADAS

- ADORACIÓN, por Álvaro de la Iglesia.
 MALOS AMORES, por Felipe Sassone.
 CAPRICHOS, por Rodrigo de Rahavánez.
 AZUL... por Rubén Darío.
 POR EL CAMINO, por Adrián del Valle.
 LA TRANSFORMACIÓN DE LAS RAZAS EN AMÉRICA,
 por Agustín Alvarez.
 LOS SIMULADORES DEL TALENTO, por José María
 Ramos Mejía.
 IDEACIONES, por Juan Más y Pí.
 MAR Y CIELO, por Luis Reyna Almandos.
 LAS ROSAS DEL DESEO, por Juan Julián Lastra.
 LA TÚNICA DE SOL, por Luis María Jordán.
 CÓMO ESTREMAN LOS AUTORES, por José León
 Pagano.
 RESONANCIAS DEL CAMINO, por Juan Zorrilla de
 San Martín.
 HUERTO CERRADO. — MITRE. — GÓMEZ. — LAVA-
 LLEJA, por Juan Zorrilla de San Martín.

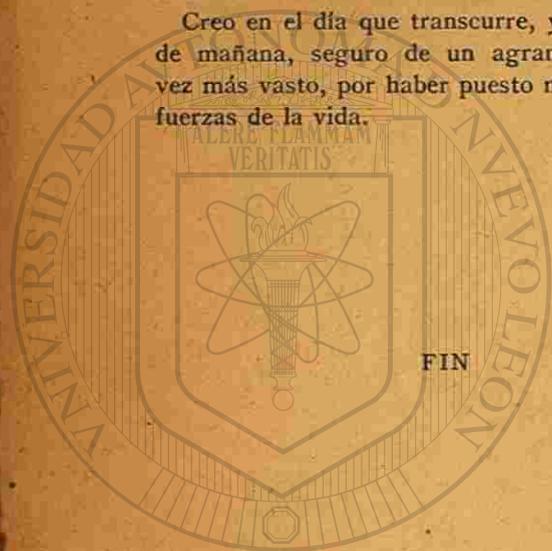
EN PRENSA

- HISTORIAS ÍNTIMAS, por Joaquín V. González.
 VIBRACIONES, por Juan Bautista Gómez.
 LEYENDAS Y PARÁBOLAS, por Salvador Barrada.
 BÁRBAROS Y EUROPEOS, por José León Pagano.

Precio de cada volumen **8 reales**
Los mismos, elegantemente encuadernados
en tela **10**

sin rechazar nada de él, precisando nuestras facultades y estableciendo la lógica de nuestras relaciones.

Creo en el día que transcurre, y creo en el día de mañana, seguro de un agrandamiento cada vez más vasto, por haber puesto mi pasión en las fuerzas de la vida.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 ALFONSO GARCÍA GONZÁLEZ
 APDO. TERCER MONTE, MEXICO

BIBLIOTECA DE AUTORES AMERICANOS

OBRAS PUBLICADAS

- ADORACIÓN, por Álvaro de la Iglesia.
 MALOS AMORES, por Felipe Sassone.
 CAPRICHOS, por Rodrigo de Rahaváñez.
 AZUL... por Rubén Darío.
 POR EL CAMINO, por Adrián del Valle.
 LA TRANSFORMACIÓN DE LAS RAZAS EN AMÉRICA,
 por Agustín Alvarez.
 LOS SIMULADORES DEL TALENTO, por José María
 Ramos Mejía.
 IDEACIONES, por Juan Más y Pí.
 MAR Y CIELO, por Luis Reyna Almandos.
 LAS ROSAS DEL DESEO, por Juan Julián Lastra.
 LA TÚNICA DE SOL, por Luis María Jordán.
 CÓMO ESTRENAN LOS AUTORES, por José León
 Pagano.
 RESONANCIAS DEL CAMINO, por Juan Zorrilla de
 San Martín.
 HUERTO CERRADO. — MITRE. — GÓMEZ. — LAVA-
 LLEJA, por Juan Zorrilla de San Martín.

EN PRENSA

- HISTORIAS ÍNTIMAS, por Joaquín V. González.
 VIBRACIONES, por Juan Bautista Gómez.
 LEYENDAS Y PARÁBOLAS, por Salvador Barrada.
 BÁRBAROS Y EUROPEOS, por José León Pagano.

Precio de cada volumen **8 reales**
Los mismos, elegantemente encuadernados
en tela **10**

